

EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en la Biblioteca de Medicina y Museo científico, con la rebaja de un 10 por 100 de sus precios.

Madrid 12 rs. el trimestre.
Redaccion, calle del Espejo, número 17,
cuarto principal.
Provincias 15 rs. el trimestre.
En casa de los comisionados ó mediante
libranzas.

RESUMEN.

MADRID. UN PARECER.—BOTANICA MÉDICA. De las principales especies del género acónito con respecto á las aplicaciones médicas.—Exámen de las conclusiones con que el Dr. Mata dió fin á su postrer discurso en la Real Academia de Medicina de Madrid.—PRENSA MEDICA. MEDICINA. Utero: prolongaciones hipertróficas de este órgano.—TERAPÉUTICA. Metrorragia: ácido fosfórico.—PRENSA FARMACEUTICA. Cinconina: reactivo de este alcaloide.—VARIEDADES.—Academia de medicina de Madrid.—Estado sanitario de Puerto-Rico.—Una complacencia.—CRONICA.—GACETA DE EPIDEMIAS.—VACANTES.—ANUNCIOS.—Socorro para un compañero ciego.—CORRESPONDENCIA.

ERRATAS DE IMPORTANCIA.

En la pág. 226 de nuestro anterior número, columna de enmedio, nota 2.^a, faltan unas palabras sin las cuales se trastruca todo el sentido. Despues de decir: «Pues si Dios gobierna á la materia en toda la creacion y el hombre rije á la carne del hombre», debió añadirse: *«aunque en cierta manera sea influida á su vez por ella.»*
En la pág. 227, columna de enmedio, nota 1.^a, donde dice: «No nos atrevemos á emitir aquí ciertamente», debe decir: *«No nos atrevemos á emitir aquí ciertamente, por considerarlo en algun modo inoportuno, las ideas etc.»*

Madrid 10 de Julio de 1859.

UN PARECER.

No reputamos enteramente falta de fundamento la opinion que en la siguiente carta de uno de nuestros suscritores se emite; y por este motivo la otorgamos gustosos el primer lugar en el presente número de EL SIGLO MEDICO.

Hállase fechada en una de las grandes villas de la Mancha; y dice, fuera de dos párrafos que hemos juzgado oportuno tachar por demasiado duros y aun injustos, lo siguiente:

«Tengo, señores redactores, la paciencia de leer, letra por letra, los escritos que en su apreciable periódico se insertan, sobre esa cuestion que la Academia de medicina y el periodismo han hecho célebre. por su empeño obstinado en ventilarla cada cual á su manera; pero que es para los suscritores de las provincias demasiadamente cansada y en cierto modo estéril. ¿No podrían Vds. ser algo más parcos en escritos sobre ese manoseado asunto?

«La verdad, y perdónenme Vds. el atrevimiento de espresarla, nunca debieron, en mi sentir, darle esa importancia que la han dado. ¿Qué! ¿Ha de estarse medio año una grave Academia discutiendo sobre cualquier cuestion que se le antoje á uno de sus miembros promover, siquiera sea una singularidad ó una estravagancia suya? Y el periodismo ¿ha de olvidarse de los más importantes asuntos científicos y de los más caros intereses profesionales, para consagrarse casi esclusivamente á cuestionar sobre puntos en que no cabe formal cuestion?

«Cuando el Sr. Mata tuvo el capricho de sostener en plena Academia que Hipócrates ni fué filósofo, ni tuvo mérito alguno en medicina; que sus obras no pasan de ser un centon despreciable, etc., etc., y esto despues de haber admirado á todos los sábios desde la octogésima tercera olimpiada hasta el presente año de la era cristiana, lo que procedia, mejor que discutir,

era tomar el asunto con indiferencia y dejarlo. Esto es lo que debieron hacer la Academia y los periódicos.

«Bien conozco que, como ha dicho en su discurso académico uno de los directores de ese periódico, la cuestion de Hipócrates lleva envuelta consigo la del materialismo y el vitalismo, asunto de mucha importancia en la ciencia. Pero si deja de considerarse á los organicistas como materialistas, porque en realidad dice bien que ya no lo son, ¿á dónde ha ido á parar el materialismo médico?

«No tengo en este pueblo muchas bibliotecas que revolver, ni mi librería es tan rica como con ardor deseo; mas sin embargo, no desconozco las obras más modernas de fisiología, de patología y de terapéutica; las he leído y vuelto á leer, y ni en ellas, ni en diferentes periódicos extranjeros que recibo, he visto jamás que médico alguno profese las opiniones físico-químicas del modo y con la estension que el Sr. Mata. Todos reconocen, como yo reconozco, como reconocen Vds. y reconocerá cualquier profesor instruido, que los estudios físico-químicos son de mucha importancia; que estas ciencias han facilitado más ó menos en los tiempos últimos la esplicacion de algunas funciones; que se ha pretendido dar esplicacion química á ciertos estados morbosos, y operar químicamente la curacion de algunas dolencias; pero á ninguno se le ha ocurrido reducir á simple química la fisiología, la patología ni la terapéutica enteras. Y la corta experiencia que hay de la aplicacion, un tanto cuanto exagerada, de esa ciencia, ha dado tan infelices resultados, que más bien que apoyada se vé combatida desde el principio tal tendencia, encontrándose á la hora presente sin crédito entre los prácticos. En medicina nunca hacen fortuna las pretensiones exclusivas y escéntricas. ¿Cómo han de hacerla? El práctico las somete sin tardanza á prueba, y cuando los medios propuestos no le sirven para curar mejor que los otros conocidos y hasta vulgares, los desecha corriendo. Por aquí puede venir en conocimiento de la fortuna que lograrán hacer las ideas del doctor Mata. El no es siquiera como los comunes forjadores de sistemas, que proponen medios terapéuticos acomodados á su idea: redúcese á fundar esperanzas sin poner en manos del práctico ningun nuevo recurso, y esto cuando ya están desacreditados los pocos medios de quienes se cuenta que obran químicamente contra las humanas dolencias.

«Tengo tambien por poco cuerdo, que Vds. llenen las columnas de EL SIGLO combatiendo la idea química del Dr. Mata. Lo que deben ustedes hacer más bien, es aguardar á que este profesor vaya publicando hechos clínicos en prueba de que con recursos químicos, que obren químicamente la curacion de una enfermedad, tambien química en su esencia, se curan las enfermedades. De estos hechos sí que espero yo, y creo que esperarán los demás suscritores, que no omitan uno en las columnas de su ilustrado periódico; poniéndolos en gruesos caracteres, ó llamando de otra manera la atencion hácia ellos. De lo observado por mí, que soy algo tentado á ensayar novedades, sé decir, que ni en algun caso de glucosuria que se me ha presentado, enfermedad que nada tiene de rara en este pais, ni en varios de dispepsias en que parecia bien indicada la pepsina (que trajo este farmacéutico de Madrid, como cosa nueva y de provecho), he logrado el menor fruto, acabando por renegar de

los medicamentos que la química ensalza. En mi esposa he ensayado la pepsina por sobrado tiempo, sin alcanzar la menor ventaja.

«No habiendo, pues, en ningun pais, médico que reduzca á la química la medicina entera, como lo hace el Sr. Mata; hablando tan alto como habla en contra de esa audaz pretension, el poco fruto práctico que la aplicacion de la química á la patología y la terapéutica ha dado hasta el presente, y no faltando motivo para presumir que esa peregrina doctrina seduzca y descarríe á los profesores españoles, ¿para qué sirve el continuado combate en que les vemos á ustedes empeñados?

«Contra la esperiencia vendrá á estrellarse esa insensata teoría, como cualquiera otra; y es bien cierto que por mucho que se empeñe la química en invadir el territorio de la medicina, tendrá que desistir humillada de su intento soberbio y temerario.

«Apresúrense Vds. á poner término á esos debates, vanos al fin para la ciencia; tornen cuanto antes á su marcha habitual, y no malgasten sus recursos combatiendo fantasmas. Hipócrates será siempre el padre de la medicina, el médico más honrado y enaltecido por los que la profesan, aunque diga lo que quiera en contra el Sr. Mata: sus obras formarán, para las generaciones futuras, como para las pasadas y presentes, el primero y el más preciado código de la ciencia; su naturaleza medicatriz y su vitalismo, no se verán desalojados por el iatro-quimismo, y las tendencias materialistas cesarán más ó menos pronto avergonzadas, y reconociendo que hay en los seres vivos fuerzas especiales.

«Vds. han hecho ya superabundantemente lo que les correspondia hacer, y han merecido por ello bien de sus suscritores.

«Lo que estos desean ahora muy de veras es ver terminada esa cuestion, que parece interminable y que va haciéndose fastidiosa. Prescindan ustedes tambien cuanto puedan de dimes y de directes con los otros periódicos, apasionados con toda evidencia del que habrá sido su catedrático, y quizás enemistados con Vds. tan solo porque conocen el marcadisimo favor que el público médico con sobrado fundamento les dispensa.

«Una cosa deseamos mucho por aquí los médicos, y es la publicacion de los discursos pronunciados en la Academia defendiendo á Hipócrates y el hipocratismo: esos discursos formarán una preciosa coleccion que dará honor sin duda alguna á la medicina contemporánea (1).

«Disimulen Vds. que les haya espresado el juicio que sobre este asunto es más general entre los suscritores de esta tierra, y su deseo de que termine pronto esta cuestion, cansada en demasía y que les usurpa una buena parte del periódico, y eso que Vds. cuidan mejor que otros de proporcionar al lector variedad de materias. Por lo menos escaseen algo más, para no acabarnos de ahitar, los escritos hipocráticos (2).»

(1) Nuestro apreciable suscritor habrá visto ya satisfechos sus deseos en el prospecto repartido con el número anterior.

(2) Reconocemos que, siquiera versen sobre asuntos de tanto interés como la presente, se hacen con facilidad cansadas las discusiones prolizas sobre determinados asuntos. De suponer es que la Academia terminará pronto un debate que se ha prolongado seis meses; mas de todas maneras tendremos en consideracion los deseos de nuestro suscritor, reservando la mayor parte del periódico para los asuntos generales, científicos y profesionales.

(L. D.)

II.

De las principales especies del género acónito con respecto á las aplicaciones médicas.

Carácter genérico: Cáliz petaloide, caedizo, de cinco sépalos desiguales; el superior es mayor, cóncavo y en forma de un morrion; los inferiores algo colgantes. Corola de cinco pétalos; dos (los superiores) con espolon, con uña muy larga y encerrados dentro del sépalo superior; los restantes muy cortos. Muchos estambres insertos en el receptáculo. Tres ó cinco ovarios; estilletes cortos. Tres ó cinco cápsulas oblongas.

Todas las especies de este grupo son plantas herbáceas, vivaces, de hojas decompuestas y flores de color violeta ó amarillo, pero formando espigas ó panículas.

Especies principales:



Fig. 1.—*Aconitum napellus*.

1.^a *Aconitum napellus*, L.—*Acónito napelo* ó *capucha de fraile*.—Esta planta (fig. 1.^a) tiene una raíz vivaz, napiforme, prolongada, negruzca; su tallo es recto, sencillo, de tres ó cuatro pies de altura, cilíndrico y lampiño. Las hojas, alternas y pecioladas, están divididas hasta la base en seis ó siete lóbulos prolongados, subcuneiformes, recortados en tiritas estrechas y agudas. Las flores, azules y grandes, tienen sus correspondientes pedunculitos, formando una espiga prolongada y bastante espesa en la parte superior. El cáliz, petaloide é irregular, consta de cinco sépalos desiguales, uno superior mayor, y en forma de capucha, recto, convexo por arriba y cóncavo por abajo; dos laterales planos, desigualmente redondos y peludos por dentro; los dos restantes inferiores, más pequeños, ovales, enteros, é igualmente peludos en su cara interna. Corola como se dijo al enunciar los caracteres genéricos. Estambres en número de unos treinta, próximamente; son desiguales y mucho más cortos que el cáliz; filamentos planos en su parte inferior, aleteados en la superior; los más exteriores encorvados hacia fuera, anteras cordiformes y obtusas. Los pistilos, en número de tres, colocados en el centro de los estambres, son prolongados, lampiños, casi cilíndricos, y adelgazados en su estremidad. Ovario de una celdita, que contiene cerca de veinte óvulos, dispuestos en dos líneas longitudinales y adherentes al lado externo. El fruto se forma de tres cápsulas prolongadas, que se abren por una sutura longitudinal.

Esta especie crece en los prados altos de los montes de varios puntos de España. Florece por los meses de mayo ó junio, según la localidad.

2.^a *Aconitum anthora*, L.—*Acon. oeroleucum*, Salisb.—*Acónito antora*.—Las hojas de esta especie son laciniadas y lineares; las flores con cinco pistilos.

3.^a *Aconitum cammarum*.—Jac., Aust.; *Aconitum hebe-ginum*, D. C.—*Acónito de flor grande*.—Las laciniadas en que están divididas las hojas son lineares; las flores con cinco pistilos; las corolas de un bello sonrosado, más ó menos subido, principalmente por su cara interna.

4.^a *Aconitum licotonum*, L.—*Acon. toxicarium*, Salisb.—*Matalobos*.—Esta especie presenta las hojas palmadas, hendidas en muchas partes y vellosas. Las flores son amarillas.

Describas las más notables é importantes especies del género acónito, bajo el punto de vista que nos ocupa; indicaremos, antes de entrar en el estudio de sus propiedades y usos, el resultado que obtuvieron los Sres. Steina-cher, Pallas y Brande, al ocuparse de la análisis de varias de ellas. El primero de estos sabios pareció encontrar en el acónito napelo un fluido aeriforme, particular y oloroso, en el cual creó, reside la virtud activa de la planta. Brande halló después una sustancia particular, de naturaleza alcaloide, sumamente amarga, soluble en el agua y en el alcohol, á la cual dió el nombre de *aconitina*, principio á que deben dichas plantas sus propiedades características. Por último, Pallas hizo la análisis del acónito licotono, sin que nos haya dicho cosa particular acerca de la naturaleza del principio áere que contienen las especies de que nos ocupamos.

Propiedades, usos y aplicaciones de los acónitos.—Las propiedades deletéreas de los acónitos fueron sin duda conocidas desde la más remota antigüedad, pues que, según Ovidio, parece que Medea elaboraba ya con dichos vegetales ciertas bebidas perniciosas. En muchas naciones estaba recibido el uso del acónito para dar la muerte, del mismo modo que otros pueblos lo hacían valiéndose de la cicuta. Los antiguos gallos también impregnaban la punta de las saetas con el jugo que extraían de la raíz de las plantas en cuestión. Unas especies son más noci-

vas que otras, siendo notabilísima la particularidad que nos ofrece una de ellas, el acónito antora L., que parece es el antidoto de todas las demás. A pesar de este aserto, se lee cómo Hoffmann, Solier, Lobel y Prebost afirman ser dicha planta tan nociva como las restantes del género.

El acónito napelo parece ser entre las especies europeas la más activa; el acónito feroz entre las de países ecuatoriales. La raíz del napelo es bastante parecida á la del nabo, por cuya circunstancia se ha equivocado alguna vez con la de esta última planta, produciendo los funestos efectos que son consiguientes á tan lastimosa equivocación. El acónito camaro disfruta idénticas propiedades que el napelo. El acónito licotono, llamado vulgarmente *matalobos*, no las tiene menos enérgicas. Se le llama así, porque los pedacitos de su raíz, envueltos ó metidos entre un poco de pan ó carne, sirven para destruir los lobos y las zorras.

Aparte de las propiedades deletéreas de los acónitos antes mencionados, hay otros ejemplos de accidentes desagradables que han producido más de una vez. En el tomo 1.^o, pág. 29, de la *Materia médica* de los señores Merat y De Lens, se lee, cómo un hombre, á quien por equivocación le dieron hojas de acónito en una ensalada, se quedó con los ojos y mandíbulas sin movimiento, el cuerpo frío y la respiración anhelosa. Un emético y algunos cordiales le restablecieron completamente. Matíolo nos dice, cómo en el año de 1331, un sugeto sentenciado á muerte tomó dos dracmas de acónito napelo, y murió á las pocas horas. Pallas refiere en su tesis presentada á la Facultad de Medicina de París, cómo de cuatro individuos que tomaron un elixir, en el cual se puso la raíz del acónito, en vez de la del ligustrum, murieron tres al cabo de pocas horas, habiendo curado el otro á beneficio de un emético y de los emolientes que en seguida se le administraron interior y exteriormente. Por último, para concluir lo relativo á las propiedades deletéreas de las especies que nos ocupan, deberemos notar un hecho interesante, y cuyo conocimiento puede precaver los más desastrosos resultados. Sábese cómo las abejas elaboran el producto tan apreciable que nos suministran del néctar de las flores, es decir, del fluido segregado en estas por uno de sus órganos ó apéndices florales, llamado nectario por Linneo. Pues bien; según sea dicho fluido, así será la miel que resulte; de donde se deduce, por una consecuencia necesaria, que la elaborada con el néctar del acónito debe ser, y es con efecto, venenosa. Semejante dato nos aprovechará para no comer la miel de los enjambres naturales, que entre las resquebrajaduras de las peñas ó en los huecos de los árboles se hallen, sin examinar antes, si cerca de aquellos sitios existen acónitos. Otras plantas pueden producir idénticos efectos, cual prueban los numerosos ejemplos consignados en el primer tomo de mi *Introducción al estudio de las plantas*, al hablar de las excreciones sacarinas, páginas 264—66.

Notaremos también, que cuando voluntaria ó accidentalmente se haya tomado cualesquiera cantidad de acónito, el primer remedio debe ser un vomitivo. Si existen síntomas cerebrales, entonces es necesario sangrar al enfermo, dándole al propio tiempo aceite en abundancia, y además bebidas emolientes.

A pesar de las propiedades deletéreas de las plantas que nos ocupan, han sacado de ellas muchos médicos recomendables un gran partido para curar varias dolencias. Con efecto, Storck, célebre profesor de Viena, fué el primero que ensayó en sí mismo el acónito, y habiéndole producido el extracto de esta planta sudores continuos y generales, concibió la feliz idea de administrarla para curar los reumatismos, la sífilis, y demás dolencias en que es útil provocar la diaforesis. La prescribió en su consecuencia á catorce enfermos atacados, unos de gota, otros de reumatismo y otros de sífilis. Ocho de ellos curaron radicalmente, quedando los restantes en muy buen estado, cuando publicó la Memoria en que consignaba tan importantes resultados. Varios médicos no menos célebres han visto confirmada la eficacia de dicho medicamento. Y aunque el Sr. Trousseau se permite negar las virtudes del acónito y efectos consiguientes en dichas enfermedades, apoyado en el débil efugio de los no felices efectos que posteriormente observaron Fourquier y Recamier, debemos, sin embargo, no formar por ello juicio desventajoso, ya porque no siempre nos es posible obtener resultados satisfactorios en todas nuestras investigaciones; ya por tener en contra numerosos hechos de prácticos recomendabilísimos, como son, además de los anteriormente citados, los que nos manifiestan Collin, Rosentein, Murray y Chap, que los obtuvieron muy satisfactorios.

Úsase también el acónito napelo en los tumores escirrosos. Se prescribe asimismo en las afecciones cutáneas crónicas, según nos dice Brera, y también como auxiliar del mercurio en las úlceras sifilíticas de la piel. El doctor Guignon aconseja el polvo de dicha planta en la contracción espasmódica de la pupila, y también en la amaurosis. El profesor Dumas le recomienda en los dolores del útero, atendiendo á las relaciones íntimas que existen entre aquella viscera y la garganta, y considerando los efectos que sobre esta parte produce el acónito. Fourquier ha dado también el acónito, y con feliz éxito, como diurético, en las hidropesías pasivas, cuyos felices resultados no admiten género alguno de duda. El Dr. Martius manifiesta se emplea en Rusia raíz del acónito licotono, como preservativo de la rabia, cuya virtud se halla también consignada en la página 169 de la obra del Sr. Duchesne, titulada *Repertorio de las plantas útiles y venenosas del globo*.

Respecto á las preparaciones del acónito deberemos notar, se administra en polvo, y desde medio grano hasta veinte y más, si bien los resultados de esta preparación no son los más constantes. Se emplea también el extracto alcohólico, porque el acónito no es muy activo, y á dosis de unas tres quintas partes de grano. La tintura alcohólica no siempre corresponde. El Dr. Bouchardat aconseja las

gotas de aconitina, de que nos ocuparemos luego. Tiene mucha confianza en esta fórmula, y con efecto, nosotros hemos visto comprobados sus buenos efectos, por lo cual desearíamos que nuestros apreciables compadres se decidieran por ella. La dosis es de uno á dos escrúpulos por día, pudiendo llegar hasta dos dracmas y media.

Las píldoras de acónito se elaboran con cinco escrúpulos del extracto alcohólico, dos dracmas y media del extracto de guayaco para cada cincuenta de aquellas, y de las cuales se administran desde una hasta cuatro en los casos de gota, reuma y afecciones sifilíticas.

Biet elabora con media dracma del extracto alcohólico de acónito y la cantidad suficiente de polvos de raíz de malvasisco, cuarenta y ocho píldoras; de ellas administra una ó dos por mañana y tarde á los enfermos atacados de sífilides, y también á los que padecen dolores osteócosos.

Hácese también una pomada con el extracto alcohólico de acónito, en proporción de una dracma de este por cada onza de manteca; preparación que recomendamos, atendidos sus buenos efectos, en la ciática, friccionando con ella el trayecto del nervio.

Gotas de aconitina.—Con una parte del principio activo del acónito extraído conducentemente, y disuelta antes en ocho de alcohol, se forman las gotas llamadas de *aconitina*, utilizadas ya por Turnbull, y con el más feliz éxito, en las dolencias del conducto auditivo, tan rebeldes por punto general.

Prescribense, ora en fricciones practicadas en la parte anterior ó posterior de las orejas, ora haciendo penetrar el medicamento en lo interior. Uno de los efectos más notables que hemos comprobado, siguiendo los acertados consejos del distinguido y concienzudo Dr. Bouchardat, es el restablecimiento de la secreción del cerumen, si se hallaba suprimida, ó su mejora de condición. Disípase al propio tiempo el zumbido de oídos tan incómodo, que acompaña por lo regular á dicha dolencia, cuando persiste por más ó menos tiempo. También se obtienen muy buenos resultados de la administración de las gotas de aconitina en todas las circunstancias que la sordera depende del infarto de las glándulas tonsilares, en cuyo caso se administra en fricciones sobre estos últimos órganos. Igualmente han producido maravillosos resultados, cuando se debe aquella (la sordera) á la obstrucción de la trompa de Eustaquio, cual frecuentemente sucede después de la escarlatina y otras erupciones, como también en los casos en que dicho síntoma (la sordera) es consecuencia de una parálisis ó cualquiera otra enfermedad nerviosa. Por último, los dolores de oídos, que con tanta frecuencia experimentan los niños, ceden la mayor parte de las veces á suaves fricciones hechas con el medicamento de que tratamos.

Dr. Antonio Blanco Fernandez.

Exámen de las conclusiones con que el Dr. Mata dió fin á su postrer discurso en la Real Academia de Medicina de Madrid (1).

12.^a

«Las hipótesis de Hipócrates son falsas; sus teorías erróneas, y su sistema ridículo en nuestros días.»

¿Qué ocurrencia la de presentar esta conclusión! ¿No hubiera sido el más singular portento en la historia del humano saber, el de lograr Hipócrates que sus hipótesis, teorías y sistemas, 2,300 años hace establecidos, fuesen en todo verdades completas, sancionadas por los siglos posteriores? ¿Podrá el Dr. Mata decirme, qué hipótesis, qué teoría y qué sistema moderno ofrece hoy en garantía la sanción de los venideros tiempos, á pesar del lujo científico ostentado por el siglo en que vivimos?

El Sr. Mata no negará con razon que Hipócrates hizo bastante para su gloria eterna, buscando de buena fé la verdad, teniendo la buena suerte de encontrarla muchas veces en los hechos, y consignándola de una manera sencilla en sus aforismos, en sus pronósticos y en varias otras de sus obras. Bastaríale á la ciencia poseer el tesoro de su espíritu de observación, brújula que siempre servirá de guía para salvar los infinitos escollos con que á cada paso se tropieza en el océano agitado de la práctica; pero le debe además teorías brillantes, generalidades que están muy lejos de ser erróneas, y mucho menos ridículas, como dejó acreditado en más de un lugar de este discurso.

Entre las hipótesis y teorías de Hipócrates, algunas hay, es verdad, que ha hecho caducar, la acción destructora del tiempo; pero justamente ofrecen esas un interés secundario, mientras que los siglos han acreditado más y más otras, que han de ser probablemente tan duraderas como la naturaleza de donde han sido legítimamente deducidas, y que constituyen la mas sólida base de la medicina.

Por otra parte, ¿el mérito de Hipócrates se ha reducido á inventar hipótesis, formar teorías y sistemas? ¿Crée más meritorio el ilustrado académico inventar un bello sistema que buscar sólidos materiales con que pueda construirse? ¿Cuántos sistemas, médicos trocaría un buen práctico por el más humilde pero razonable aforismo! ¿Qué quedaría de aquí á 23 siglos, si llegara por fin á desenvolverse y formarse, de esa nueva quimiatría que tan encantado tiene y tan lleno de esperanzas al Sr. Mata?

13.^a

«Las obras de Hipócrates no sirven para los médicos actuales; solo pueden servir para los eruditos como objeto de estudio histórico. Las clásicas de los

(1) Véase el número anterior.

(1) Véase el número 285.

«modernos, en todos los ramos del arte de curar, son infinitamente preferibles. Sin las obras de Hipócrates no se puede ser un gran médico: con solo las obras de Hipócrates nadie puede ser hoy día buen médico, ni teórico ni práctico.»

Ante todas cosas quiero combatir el espíritu general de esta conclusión. ¿Pueden concebirse las obras de los clásicos modernos sin el precedente de las que son debidas a los clásicos antiguos? De otra suerte: ¿es posible concebir la virilidad de una ciencia, sin que pase primero por la infancia y la juventud? De ninguna manera; y no puede menos el Sr. Mata de hallarse conmigo en este punto. ¿Escribió él, por ventura, su obra de Medicina legal y Toxicología prescindiendo completamente de Orfila, Devergie, Foderé, Mahon, Bayard, Briand, Plenck, Sedillot, Trebuchet y otros muchos autores? Pues véase como algún mérito tiene aquella parte de la historia de una ciencia, que llega a ser parte integrante de la ciencia misma. Véase como no es dado, sin insensatez, burlarse de una cosa necesaria, por más que esta cosa se califique luego de falsa y errónea. Véase como no obra discretamente quien habla de la antigüedad en tono despreciativo y de burla.

Además de esto, ¿tienen ó no tienen en sí las obras clásicas de los modernos los gérmenes y elementos científicos de Hipócrates y de los otros clásicos antiguos? Es indudable: y si no, señálemos el Dr. Mata en qué punto, en qué época del tiempo que la historia abraza, ha tenido nacimiento y origen la ciencia moderna; esta que hoy se lee en las aulas, que tanto estima el digno académico y que con tan vivo empeño antepone a la antigua: señálenos en qué época aconteció para las ciencias antiguas ese diluvio universal, sin arca y sin Noé, en el cual todas se aniquilaron para que ni aun siquiera de sus cenizas pudiese brotar la nueva, creada por su propia virtud y sin la menor relación con la anti-diluviana. No se da este hecho, porque no existe: al contrario, esas ojeadas eruditas a que tan aficionado es el Sr. Mata, y en las que tan buena habilidad muestra, tomando el óvulo científico allá en la India y el Egipto antiguos, y siguiendo sin interrupción las evoluciones de su desarrollo hasta nuestros días, constituyen una prueba sobradamente eficaz de que, siendo la ciencia médica una entidad moral de desarrollo sucesivo en el tiempo, lleva en sí su estado actual, si es viril, los elementos de la juventud; estos los de la adolescencia; estos, los de la infancia, y estos, en fin, todos los de las épocas anteriores, desde que plugo á la Providencia producir en el hombre el primer elemento de la ciencia de curar. Luego las obras clásicas de los modernos no se conciben sin las clásicas de Hipócrates y demás autores que le han sucedido; como no se concibe que las del famoso médico griego sean tan solo debidas a su propia observación. Luego las obras clásicas modernas encierran en sí, no solamente los elementos doctrinales de Hipócrates, siquiera no se le nombre en ellas para nada, y aun cuando se le combata, sino también los de los médicos anteriores y posteriores á él.

Véase, pues, como la conclusión 13.^a, que tan formidable aspecto presenta contra la conveniencia actual de las obras hipocráticas, en nada, absolutamente en nada amengua el verdadero mérito de su doctrina; por cuanto se halla este *implícitamente* confesado en el propio elogio que se hace de las clásicas modernas; lo cual aparece *explícitamente* confesado en el discurso del doctor Mata correspondiente á la sesión del 12 de mayo, cuya acta se puede leer en el núm. 281 de El Siglo Médico.

Consideradas las cosas de esta suerte, puede concederse al Dr. Mata (y ya lo he hecho así) la tesis del primero y segundo punto de su conclusión 13.^a, y con tanta más razón, cuanto que no viene á cuento lo que en ellos se dice, puesto que nadie ha defendido ni defiende que para los médicos actuales sean hoy mejores las obras de Hipócrates que las de los modernos. Observaré, no obstante, que si por la lectura de los modernos se viene en conocimiento de algún pensamiento hipocrático útil y beneficioso, como lo son muchos, y se desea adquirir conocimiento cabal de todos ellos, no sirven las obras de los modernos, siendo forzoso acudir á las obras mismas de Hipócrates, y á las de los clásicos antiguos, sus comentadores y espositores más acreditados; por cuya lectura no será maravilla alcancen algunos á comprender, que si bien no hay en la ciencia hipocrática la anatomía, la fisiología, la patología, la física, la química é historia natural modernas, tampoco faltan sólidos principios, pensamientos fecundos, nutridos por la abundante savia de la observación clínica, y capaces de dar, como han dado siempre á los que se penetran bien de su espíritu, ótimos frutos de salud para sus clientes, de fama para sus nombres y de tranquilidad para sus conciencias. Y sin embargo no son, pues, los escritos de Hipócrates, considerados en montón, los que defiende yo hoy como buenos, sino tan solo aquello bueno que la colección hipocrática encierra.

En cuanto á si se puede llegar á ser un gran médico sin las obras de Hipócrates, aunque de ya tratado este asunto, conviene, sin embargo, distinguir; y perdóname el Sr. Mata que sea tan minucioso. Comprendo perfectamente que pueda haber muchos buenos médicos sin que tengan en su librería las obras de Hipócrates, y aun si esto se quiere, sin que las hayan visto ni leído: pero es casi imposible creer que exista médico alguno sin que alguna vez haya oído hablar de tan eminente personaje histórico, ni sepa algunos puntos capitales de la doctrina hipocrática; por cuanto implicaría tal ignorancia la existencia de médicos que no han leído ningún libro de medicina, antiguo ni moderno, é inclinaria á creer que ha habido, hay y puede haber buenos, verdaderos y completos médicos sin profesar en la práctica ningún principio de los que rigurosamente pertenecen á Hipócrates y á otros sabios médicos pos-

teriores; lo cual declaro al Dr. Mata de un modo rotundo y absoluto, que es imposible. Por lo tanto, debería formularse en los siguientes términos el tercer punto de la conclusión 13.^a.

«Sin las obras de Hipócrates se puede ser un gran médico.» (Así dice el Dr. Mata. Concedido.)

«Mas sin profesar en la práctica gran parte de doctrina verdadera y legítimamente hipocrática, es imposible ser ni aun buen médico, cuanto menos grande.»

Finalmente; en cuanto al punto que dice: «con solo las obras de Hipócrates nadie puede ser hoy día un buen médico, ni teórico ni práctico,» preguntó al señor Mata: ¿qué placer encuentra en sentar, con aire de impugnación, una tesis cuya contraria nadie sostiene ni puede sostener? ¿Supone que algún hipocrático sea capaz de colocarse tan ciego y exclusivamente en favor de Hipócrates y en contra de la ciencia moderna, como él se coloca en contra de aquella respetable autoridad? ¿Cree que algún hipocrático niegue el progreso de la ciencia, y rechace estúpido los adelantos que en tantos siglos ha hecho? Si no se dejara arrastrar tan fácilmente el Sr. Mata por las tendencias de su filosofía exclusiva, hubiera redactado la parte última de su conclusión en estos términos, que se hallarían más en armonía con la verdad:

«Sin las buenas doctrinas hipocráticas, unidas á todos los buenos adelantos posteriores, nadie puede ser hoy día buen médico, ni teórico ni práctico.»

14.^a

«El hipocratismo no es una doctrina imperecedera; no puede ser coetánea de todos los siglos; ni es indispensable á la ciencia para que esta tenga toda la solidez y acierto de que es susceptible.»

El primer pensamiento de esta conclusión no pasa de ser una profecía, que en tesis general nada nuevo nos revela. Efectivamente, el hipocratismo, como cosa humana, es perecedero; mas considérese que si bien puede perecer (cosa á que está sujeto cuanto existe), aun es más posible que no llegue á tomar ser y cuerpo el materialismo del Sr. Mata, cuyo estado presente ni aun puede llamarse rudimentario. La doctrina que sostengo yo, ha tenido principio escrito en Hipócrates, y puede tener fin; pero la verdad es que aun no ha llegado este, y que no hay siquiera indicios de que se aproxime. ¿Ha de ser mi amigo el Dr. Mata el ángel exterminador del hipocratismo? Ya se irá convenciendo de que no.

Prosigamos: Que «no puede ser coetáneo de todos los siglos...» ¡Vaya por las profecías!... ¡Habíamos visto tiempo hace al Sr. Mata apostol; pero, la verdad, hasta el presente no le habíamos visto profeta, cosa, al cabo, más peliaguda y difícil, si bien menos rodeada de peligros! Lo probable es que acierte; porque al fin, después de muchos siglos, desaparecerán sus doctrinas como las del día, sus escritos como los nuestros, el idioma en que escribió y este en que escribimos... ¿Quién sabe! Mas hasta el presente le han conservado los siglos con respeto; y por otra parte me atrevo á profetizar, con más seguridad que mi apreciable colega, que no ha de ver comprobada su profecía, ni decidirá el público que concurre á estos debates quién de los dos profetiza mejor.

Respecto á que no es indispensable á la ciencia, para que tenga esta toda la solidez y acierto de que es susceptible, me ocurre preguntar primeramente al señor Mata, ¿qué entiende por hipocratismo? Porque no siendo muy claro y preciso en esta palabra, mal podré yo dar solución completa al problema que encierra la última parte de la conclusión 14.^a Entendiendo por hipocratismo la observación y la experiencia clínicas, la consideración esquisita á los movimientos y esfuerzos de la naturaleza, generalmente examinados á restablecer la armonía en el organismo enfermo, tengo para mí que el hipocratismo es indispensable á la ciencia, pues que la da solidez y acierto.

15.^a

«Las escuelas hipocráticas son un caos, no tienen ningún lazo que les dé unidad; fuera del nombre no se parecen entre sí, ni todas á Hipócrates en fisiología, patología y terapéutica.»

«Las escuelas hipocráticas son un caos...» Si no hubiera leído detenidamente el discurso inaugural de mi dignísimo adversario científico, tendría necesidad de preguntarle, antes de responder á esta conclusión, cuáles son y qué entiende por escuelas hipocráticas; pero la lectura de aquel documento me escusa la pregunta, pues que acredita con claridad lo que hace ya tiempo vengo pensando, á saber: que tiene el Dr. Mata la desgracia de no haber comprendido con toda profundidad lo que es el verdadero hipocratismo: me explicaré después.

«No tienen (las escuelas hipocráticas) ningún lazo que les dé unidad; fuera del nombre, no se parecen entre sí.» Hé aquí la segunda parte de la conclusión que ahora me ocupa, contestada ya ampliamente en más de un sitio de este discurso.

No quiero dar ahora nueva contestación: mejor es que se conteste á sí mismo el Dr. Mata. Esto dice en su discurso inaugural:

«La única cosa que los enlaza (á los medios teóricos y prácticos de realizar el hipocratismo), la única que da unidad á las escuelas hipocráticas de diferentes siglos, es la pretensión de no admitir nada que no sea producto de la experiencia, de no erigir en principio nada que no brote de la observación de los hechos, dirigida por un acertado raciocinio.»

Luego si existe esta cosa que da unidad á las escuelas hipocráticas de diferentes siglos, el mismo Sr. Mata acusa de error absoluto á la segunda parte de su conclusión 15.^a, la cual dice que las escuelas hipocráticas «no tienen ningún lazo que las dé unidad.»

Pues que ya tenemos un lazo de unión proporcionado por la generosa mano del Sr. Mata, vamos á buscar otro que en el propio discurso, algo más adelante, suministra también el mismo Sr. Mata movido á impulsos de su caridad. Dice así:

«Hay en las doctrinas médicas un principio fundamental, acerca del que se diría á primera vista que podría haber concordancia entre todos los hipocráticos antiguos y modernos. Aludo al vitalismo.»

No me desentiendo de la frase «á primera vista,» destinada á significar que hay cierta conformidad aparente sobre este principio, pero que bien examinado el asunto, desaparece esa muestra de conformidad entre todos los hipocráticos antiguos y modernos. Ya he hecho ver anteriormente, en el paraje oportuno, que todas las escuelas hipocráticas han estado y están conformes en las bases ó fundamentos del sistema hipocrático, y no es necesario que ahora lo repita de nuevo.

Después, continuando los párrafos del discurso inaugural y los extractos que de esta parte constituyen las conclusiones 16.^a, 17.^a y 18.^a, de que me ocuparé más adelante, resulta que para el Dr. Mata hay las siguientes escuelas registradas en la historia: la de Cos, la de Alejandria, la de Galeno, la de los compiladores árabes y universidades de la edad media, restablecida en todo su vigor coaco después de la toma de Constantinopla, la de Sydenham, y la del hipocratismo moderno, cuya anarquía, con respecto al principio fundamental llamado vitalismo, se deleita el Dr. Mata en pintar con vivos colores en el referido discurso. Pero en este mismo documento veo que todas las referidas escuelas hipocráticas profesan, si bien de diferente modo, el mismo principio. En Hipócrates es el vitalismo humoral ó el vitalismo de la naturaleza medicatriz, que el Dr. Mata llama *militante*; en tiempos más cercanos, y entrando ya en el anárquico hipocratismo moderno, vé el vitalismo orgánico de Glisson, Gorter, Haller, Brown, Bordeu, Bichat, Pinel, etc.; el vitalismo de las propiedades vitales; el vitalismo anímico de Stahl; el vitalismo dinámico ó metafísico de Barthez; el vitalismo psíquico de Recamier, Cayol y redactores de la *Revista médica* de París. No hay, pues, según el Dr. Mata, más escuelas hipocráticas antiguas y modernas; y es lo cierto, como acabo de manifestar, que ni á una sola ha dejado de conceder como base el vitalismo: luego todas las escuelas hipocráticas convienen en ser *vitalistas*: luego todas, por confesión del Sr. Mata, convienen, como he hecho ver en otro lugar, en el fundamental principio del vitalismo, por más que supusiera al comenzar que solo había *concordancia á primera vista* ó sea en la apariencia.

Tenemos, pues, acusada nuevamente de error por su autor mismo la segunda parte de la conclusión 15.^a, y otro nuevo lazo de unión entre las escuelas hipocráticas.

Bastanos para el triunfo de nuestras doctrinas, insistir en ello, la admisión de este gran principio, en que convienen los vitalistas de todas las escuelas antiguas y modernas; y nada nos importan las explicaciones, los comentarios, las teorías que sobre ese fundamento de la ciencia haya podido hacer cada escuela ó cada individuo.

Encuentro, pues, en la *unanimidad* con que se admite el principio vital, ó sean las fuerzas vitales, un fundamento muy sólido para el hipocratismo; y en las variadas explicaciones de los que le admiten el elogio más elocuente, al paso que la contestación más cumplida para el Sr. Mata, cuando, contradiciéndose á sí mismo del modo más evidente, profesa con Forget la idea de que el vitalismo es la escuela de la pereza vanidosa, etc.

Soy además de dictámen, que si el Dr. Mata se decidiera alguna vez á estudiar sólida y profundamente el hipocratismo, quizás no intentara hacerlo víctima de las oscilaciones del vitalismo, que es sin duda uno, mas no el único de sus fecundos principios. No es, en mi concepto, buen camino para distinguir y apreciar las bellezas del hipocratismo, el enderezar la marcha sobre los sistemas médicos que se han ido sucediendo. Estos sistemas, estas explicaciones hipotéticas y aventuradas, eran rechazadas como estériles por el mismo Hipócrates.

En cuanto á lo restante de la conclusión, ¿cómo quiere el Dr. Mata que se parezcan entre sí, ni todas á Hipócrates, en fisiología, patología y terapéutica, las escuelas hipocráticas? ¿Con qué conciencia hace al hipocratismo una especie de cargo por la diversidad que ofrece en su estructura y las diferencias de su origen primero, cuando forma, al contrario, su timbre más precioso la fijeza en el principio, comprobada por la variabilidad en los puntos secundarios ó accesorios? El mismo digno académico hace en su discurso inaugural con elocuencia, y aun parece que sin pretenderlo, este justo elogio que confunde otra vez su propio aserto de que sea el hipocratismo la inmovilidad científica. Oigámosle: «Esa escuela (la hipocrática) es el tronco del arte; es el mayorazgo de la familia médica; vive en todos los siglos, en todas las edades, en todos los países, y de todos toma algo; en todos adquiere una parte que asimila y sirve para aumentar el caudal de sus hechos y verdades. Así atraviesa todas las generaciones, siempre vieja y siempre rejuvenecida, como un Vishnu fisiológico, sosteniendo la unidad del arte, la individualidad de la ciencia y el germen perenne que promueve nuevos y progresivos desarrollos.» ¿Cómo se había distraído el Sr. Mata del principal objeto de su discurso, cuando dejó correr la pluma en este y en algún otro párrafo que pudiera citar! Ahora bien; ¿cómo pretende que se parezcan á Hipócrates en fisiología, en patología, ni en terapéutica, las escuelas hipocráticas de nuestros días?

16.^a

«La restauracion hipocrática que hoy se intenta, es una resurreccion raquítica del sthalianismo; su método filosófico es la antítesis del hipocrático.»

Confieso que no me hallo bastantemente enterado de la restauracion hipocrática que hoy se intenta, pues verdaderamente ha habido en España muy pocas épocas en que menos se haya hablado de Hipócrates y de sus doctrinas (a mi entender, por desgracia), que la que precediera al ruidoso discurso inaugural. Yo creo, por el contrario, que ha sido el Sr. Mata quien ahora ha llamado la atención de los españoles sobre ese personaje histórico. Por tanto, ignoro si esta restauracion es una resurreccion raquítica del sthalianismo. Si fuere así, en efecto, yo la condeno como el Sr. Mata; por cuanto habiendo de restaurarse alguna escuela, mejor que la de Sthal, juzgada por los tiempos desfavorablemente, preferiría restaurar la de Hipócrates, como base de ulteriores progresos.

Sin embargo: enterado como lo estoy de los principios filosófico-médicos de mi apreciable compañero, no puedo menos de admirarme al ver que condena con tanto vigor aquella cosa misma que trata él de establecer, no a nombre del hipocrático, lo que fuera más natural, sino a nombre de la física y de la química aplicadas a la fisiología, lo cual es todavía más inaudito; y no dude (lo digo con profundo dolor) que merecerá una página curiosa en el libro de las estravagancias de los tiempos modernos. Si alguien pudiera tratar de restablecer en medicina el desacreditado sistema de Sthal, en su más característico fundamento, sería el mismo Sr. Mata, conforme a cuya doctrina el alma del hombre rije y gobierna al organismo por el intermedio de las leyes físicas y químicas, que son su instrumento. A no ser tan bien conocidas como lo son las causas que fuerzan al Sr. Mata para reconocer el alma de que nos ha dado idea, temería yo mucho, al contemplarle en el penoso equilibrio que le veo, que cayera a lo mejor hacia el lado de Sthal. Pero hagamos aquí punto, y dejemos ya en paz al alma ideada por el Dr. Mata, autocrática en la apariencia, nula y subordinada a la materia en realidad.

17.^a

«El vitalismo hipocrático fué físico y material; el vitalismo barthesiano es hipotético, ficticio y está fundado en una creacion ontológica, quimérica; el psíquico es sthalianismo puro.»

18.^a

«El vitalismo barthesiano y sthaliano son de todo punto innecesarios y estériles: sobre ser falsos, son incompatibles con los progresos de la ciencia.»

Junto estas dos conclusiones por considerarlas igualmente innecesarias. Como tesis, nada nuevo nos enseña; y como antítesis son inútiles, puesto que nadie, a lo menos yo lo ignoro, ha pretendido sostener antes ni después del discurso inaugural lo contrario de lo que en ellas se sostiene. En el concepto de partes integrantes del asunto que se ventila, contestadas quedan al tratar la cuestion 15.^a

Sin embargo, sobre si «el vitalismo hipocrático fué físico y material», digo al Dr. Mata que carece de fundamento sólido para afirmarlo; por cuanto en el conjunto del sistema hipocrático, de que hace parte el vitalismo fisiológico y patológico propio de aquellos tiempos, hay frecuentes referencias a entidades oscuras y misteriosas que Hipócrates no determinó como realidades materiales ni inmateriales, sino tan solo como misterios muy dignos de tenerse en cuenta; tales son la *naturaleza*, la *naturaleza mediatriz*, el *calor innato*, el *quid divinum*, etc., etc. Si al digno académico le parece lícito dar tortura a estas palabras, y hacerlas significar aquello que mejor le venga y más conducente sea para sacar airoso esta parte de su conclusion 17.^a, hágalo en buen hora; que no será el primero que torna su deseo en lecho de Procusto, al cual, estirándolos ó encojiéndolos, acomoda los pensamientos ajenos, sobre todo cuando no han de presentarse a desmentirlos sus dueños legítimos; pero lo prudente y en todo rigor lícito, es dejar los misterios cubiertos con sus velos, y no meterse a discurrir, aventuradamente y sin utilidad, sobre la significacion de ciertas palabras cuando ha llegado ya a ser el asunto inavergonzable.

Yo no puedo tener al vitalismo hipocrático por físico y material: es como el vitalismo de nuestros días, como el que los vitalistas no ontólogos profesamos: solo tiene de material el hallarse unido a la materia, animándola y sujetándola a leyes distintas de las físicas y químicas, sin que por eso dejen de rejir también estas leyes, siquiera sean más ó menos modificadas a veces por las primeras.

19.^a

«La aplicacion de las ciencias físicas y químicas a la fisiología, patología y terapéutica ha hecho progresar estas ciencias infinitamente más que el vitalismo hipocrático, sthaliano y barthesiano; explica más y mejor los fenómenos de la vida en estado de salud y enfermedad, y dá resultados más provechosos para la práctica.»

El Dr. Mata, llevado de su afición neo-química, ha exagerado aquí muchísimo la importancia que en medicina tienen las ciencias físicas y químicas. Estoy yo muy apartado de negar que estas ciencias han ayudado mucho y ayudarán más en adelante al estudio de la fisiología; pero no creo que sirvan de tanto para el de la patología, y presumo que han de servir poquísimo para el de la terapéutica. Mas de todas suertes, aun haciendo esa discreta concesion, abrigo el convencimiento de que eso que para entendernos llamamos por

ahora *vitalismo* (*principio vital* ó *fuerzas vitales*) ha de desempeñar siempre un importantísimo papel así en fisiología como en patología y terapéutica; é igualmente sostengo, que hasta el presente, por lo menos, la aplicacion que el Sr. Mata encarece no ha dado en la práctica sino resultados desastrosamente baladíos y mezquinos. Con bastante extension de espaldas mis opiniones sobre estos importantes asuntos; y a ellas mejor que con palabras toca responder con pruebas a los sectarios del materialismo.

Aquí pudiera terminar mi respuesta a la conclusion que me ocupa; pero tengo por oportuno ampliarla con algunas consideraciones, aun a riesgo de acabarme de acreditar como pesado.

Desde la conclusion 16.^a y más decididamente desde la 17.^a, tomando el Dr. Mata la parte por el todo, solo se ocupa del *vitalismo hipocrático*, desentendiéndose por completo de los otros elementos que constituyen el grandioso conjunto filosófico que lleva con razon el nombre de hipocrático. Ya he dicho, contestando a la conclusion 15.^a, que hay varios puntos, a más del *vitalismo*, en que se hallan conformes los hipocráticos de todos los tiempos y paises, é hice ver que no es buena critica la que se hace de un sistema tomando solamente uno de sus elementos y descargándola sobre él. Aclarado esto así, quizás no tendria grande inconveniente en conceder al Dr. Mata toda la primera parte de esta conclusion, pero añadiendo el siguiente parentesis donde dice «más que el vitalismo hipocrático» (no más que el *hipocrático*), toda vez que he dicho y repito que el *vitalismo hipocrático* no constituye todo el *hipocrático*. Porque nadie puede con justicia arrancar la gloria de los inmensos progresos que los hipocráticos de todos los siglos han hecho, como ha confesado el señor Mata en su *Examen de la homeopatía*, principalmente en patología y terapéutica, y muchos en fisiología, por razon del *hipocrático* que profesaron y profesan los que existen. El Sr. Mata daría una insigne prueba de escasa lectura médica si se atreviese a asegurar, así planteada la cuestion, que las ciencias físicas y químicas, nacidas ayer, han hecho adelantar más a la patología que todos los sabios hipocráticos, que sin física ni química buenas, pero con mucha y buena observacion clinica, han rejido los destinos de la ciencia desde las olimpiadas hasta nuestros días. Yo me deleitaria, señores académicos, desplegando a vuestra vista el inmenso cuadro histórico de la patología; porque en él veriais bosquejadas todas las grandes figuras del *hipocrático*, sobrecargadas de libros y estudios que nos legaron como productos de observacion hipocrática; porque en él reconoceriais al instante, descollando sobre infinitas, las colosales de muchos compatriotas: pero esto ofenderia vuestra ilustracion, seria inútil, porque mi digno compañero debe estar muy lejos de creer en lo contrario, y porque en fin, necesitaría mucho más espacio y tiempo para semejante tarea. Yo no dudo, ni jamás he dudado (no me enseña esto el Dr. Mata), que la aplicacion de las ciencias físicas y químicas han hecho adelantar a la fisiología y algo a la patología y a la terapéutica: esta es una verdad que me deleito en poseer, y plegue a Dios que sigan haciendo cada vez, como espero, mayores adelantamientos. Tampoco tengo dificultad en reconocer que ellas han ensanchado estas ciencias del mismo modo que el *vitalismo hipocrático*; del mismo modo que todos los *vitalismos*: pero jamás confesaré que las hayan dado más impulso que el *hipocrático*, principalmente en patología y terapéutica.

En cuanto a que las ciencias físicas y químicas explican más y mejor los fenómenos de la vida en estado de salud y enfermedad, respondo: que las ciencias físicas y químicas han dejado y dejan todavía sin explicar aquellas mismas cosas que tampoco se explican ni pretenden explicarse por el *vitalismo*. El *vitalismo* no trata de explicar, se limita a establecer leyes vitales, tan inexplicables en si como lo son las físicas y químicas. Allí donde el físico-químico se detiene, tropezando con el muro de su ignorancia físico-química, allí empieza el vitalista a encontrar las leyes de la materia viva, tan propias de ella filosóficamente hablando, como son propias de la materia inerte las físico-químicas. Además, cuando las explicaciones de los fenómenos vitales, fisiológicos ó morbosos, tendrán más importancia que la curacion de las enfermedades?

Pero advierto que la última parte de la proposicion a que contesto, asegura que la aplicacion de las ciencias físicas y químicas a la fisiología, patología y terapéutica dá resultados más provechosos para la práctica que el *vitalismo hipocrático*, sthaliano y barthesiano. Dejemos a Barthez y a Sthal, y no compliquemos las cosas. Repitamos aquí otra vez, que el *vitalismo hipocrático* no es por si solo el *hipocrático*, y digo: que existe en el *hipocrático* un principio sapientísimo que han profesado, desde Hipócrates, todos los grandes prácticos del mundo; cuyo principio es el de la *fuerza* ó *naturaleza mediatriz*, cuya entidad positiva se quiere hacer víctima de la física y la química: que a la creencia de que existe semejante principio, es rigurosamente lógico atribuir la curacion de millares de millones de enfermos: que por ella únicamente puede explicarse, conforme dejo ya dicho, el por qué con todos y con los más contrarios sistemas se han curado y curan las enfermedades; y que ni los medicamentos físicos ni químicos, ni las medicaciones que de estas teorías científicas han surgido, tienen tanto ni mucho menos derecho para reclamar así los triunfos obtenidos, como ese medicamento *óptimo* que no se despacha en las boticas ni sale de los laboratorios, sino que es producto finísimo y delicado que se elabora en las inteligencias hipocráticas. Y repito aquí diciendo, para terminar este punto: ¡benditas sean la física y la química si proporcionan recursos y nuevos caminos para curar los males! Las acep-

to como auxiliares poderosas de la medicina; pero no las concedo su cetro. ¿Por qué no han de reinar juntamente con el *vitalismo*? ¿Qué razon hay para que dejen de agregarse a las leyes de la materia las leyes de la vida? ¿Hemos de hacer siempre a medias el estudio del hombre sano y enfermo?

20.^a

«El método *a posteriori*, tal como lo proclamó Bacon, y como lo proclamo yo, es no solo el mejor sino el único que debe emplearse para estudiar al hombre bajo todos sus aspectos, y establecer principios ciertos en la ciencia de curar.»

Hipócrates profesó ese método mismo en medicina, aunque no le siguiera exclusivamente. No es pues esta por lo tanto una objecion formal dirigida a Hipócrates: es una tesis que place al Dr. Mata establecer. Enhorabuena, pero yo la formularia del siguiente modo:

«El método *a posteriori* consignado primeramente por Hipócrates, es el mejor para estudiar al hombre bajo su aspecto objetivo y para establecer principios ciertos en la ciencia de curar.»

21.^a

«Si los médicos españoles desean figurar como debent y pueden en el gran movimiento científico europeo, necesitan cultivar las ciencias físicas y químicas, aplicadas a la ciencia del hombre, y trabajar en este sentido con asiduidad y constancia.»

Debe ser el deseo de los médicos españoles el de aventajar a los extranjeros en el arte de curar enfermos; y para conseguirlo deben unir a los sublimes principios de la ciencia hipocrática (que además de ser escelentes en si han formado siempre su gloriosa enseña), los buenos servicios que pueden obtener para el objeto del cultivo de las ciencias físicas y químicas. No el lujo científico, sino la posesion de lo bueno. No la vanidad hueca, sino la utilidad positiva.

22.^a

«El libre examen, la independencia de opinion, fundados en buenas observaciones y raciocinio lógico, siempre son una garantía más sólida del acierto y del progreso, que el servil y perezoso acatamiento al tiránico principio de autoridad y el estúpido respeto a todo lo que dá la tradicion.»

¿Qué objeto se habrá propuesto el Dr. Mata al escribir esta conclusion? Por lo que de si arroja simplemente, no parece que tiene relacion alguna con la cuestion hipocrática que la Academia ventila. Presentada aisladamente, ó bien ha de dirigirse a establecer un principio establecido ya largos años hace, principio que todos venimos reputando como bueno y cuya reproduccion es inútil; ó bien se la quiere oponer a la tesis contraria, que nadie defiende, que nadie profesa, ni en política, ni en artes, ni en letras, ni en ciencias; en cuyo caso es igualmente de completa inutilidad. Mirada pues esta conclusion postrera bajo el último aspecto, y unida a algunas otras de cuya índole me he ocupado ya, parece consignada con el solo fin de alcanzar una confesion más para levantarse luego con orgullo, diciendo: «ya lo veis; despues de tanto ruido, despues de tanta alharaca oposicionista, resulta al fin que hasta mis más acérrimos y encarnizados adversarios tienen que rendirse a la fuerza de la razon, concediéndome una buena parte de mis asertos.» Si fuere esto así, como creo que hemos de ver sin mucha tardanza, forzoso será decir que es muy pobre y muy triste la gloria de tal vencimiento. Con verdad lo digo: quisiera más fresco y más brillante laurel para las sienes de mi digno y estimado compañero.

Pero si esta conclusion, como creo, no se halla tan aislada de las demás; si está relacionada con todas ellas, como parece indicarlo el número ordinal que la corresponde y lleva; si representa el espíritu general de su autor en la cruzada que ha levantado contra Hipócrates; si tiene por objeto añadir una razon mas anti-hipocrática, combatiendo a los que respetan la tradicion científica de este personaje ilustre y su autoridad en medicina, entonces merece una severa censura el Dr. Mata.

No por ser Hipócrates el que dijere tal ó cual cosa se le respeta y acata, sino por el valor intrínseco de verdad que encierran muchas de las opiniones consignadas en sus libros. No respetamos a la *autoridad* de Hipócrates, sino a la autoridad que ha tenido, tiene y tendrá siempre la verdad, para armonia del mundo, estabilidad de las sociedades, progresos humanos y felicidad del hombre. No respetamos la tradicion antigua, llegada a nosotros de lengua en lengua ó de libro en libro, sin examen, prueba ni demostracion; sino el sublime valor de las verdades, que lejos de oscurecerse y desaparecer, se hacen cada día más claras y radiantes, como el sol cuando se aproxima a nuestro zénit; el valor de las verdades que han pasado por el espeso filtro de las más profundas inteligencias médicas de todos los tiempos, depositando su extracto purísimo en las páginas que el Sr. Mata llama *vocingleras* y *estériles* de tantos inclitos varones como pasaron su vida entera entregados a las más profundas meditaciones sobre ellas; el valor, en fin, de aquellos sabios pensamientos, mil y mil veces acrisolados por el intenso fuego de la comprobacion clinica.

¿Se atreverá el digno académico a negar y combatir la conveniencia del respeto que guardamos a esa autoridad y a esa tradicion? ¿Alcanza a comprender la construccion y el progreso de una ciencia sin esos justos y legítimos respetos? ¿Se atreve, sin tener para nada en cuenta estas consideraciones, a sacar de su cabeza desde el *alfa* hasta el *omega* de la ciencia médica, nueva, flamante y sin pasado? Y en caso de que pudiera ser esto, cosa de todo punto imposible, ¿creo que su ciencia seria viable y se mantendría mucho tiempo

incólume, llevando en si misma el germen de su propia destrucción? ¿No saldria bien pronto despedazada de manos del primer discipulo que tuviera á bien examinarla? ¿Ningun respeto guarda el Sr. Mata á sus antecesores correligionarios? ¿No le hemos oido hablar respetuosamente, de los que le han precedido en la formacion y perfeccionamiento del método baconiano? ¿No le hemos visto buscar apoyo en ciertos quimicos contemporáneos, y citarlos como autoridades y prodigarlos elogios? ¿No recomienda á sus discipulos el estudio de los clásicos de hoy? ¿No les recomienda el estudio de sus propias obras? ¿No gusta de que escuchen sus palabras y admitan sus doctrinas? ¿No se ocupa en hacer propaganda, cosa que no podria lograr sin rodearse del prestigio de la autoridad? Pues bien, ¿qué es todo esto sino otras tantas pruebas de consideracion que tiene y aconseja tener á cuanto reputa como verdad, emanado de los hombres y llegado á nosotros por la tradicion?

Replegue, pues, un poco mi digno compañero las abietas y agitadas alas de su libertad, si no quiere, nuevo Icaro, caer al suelo de nuestra pequeñez ante la ciencia, desde el Olimpo de su fantasia, y si no pretende fundir mediante los rayos del sol del libre examen, juntamente con las inutilidades del saber antiguo, las preciadas riquezas que forman á un mismo tiempo el tesoro de la medicina y el consuelo de la humanidad doliente.

Mendez Alvaro.

PRENSA MEDICA.

MEDICINA.

Útero: prolongaciones hipertróficas de este órgano.

El Sr. HUGGIER ha leído en la Academia de medicina de París, una voluminosa memoria acerca de las prolongaciones hipertróficas del cuello del útero en las afecciones impropriadamente designadas con el nombre de descenso, precipitación de la matriz, y sobre su tratamiento, por medio de la resección ó la amputación de la totalidad del cuello uterino, segun la variedad de la enfermedad.

Hé aquí las conclusiones, resumen fiel de dicha memoria:

1.^a La caída ó descenso del útero, ya sea completa ya incompleta, no es una enfermedad única, sino un conjunto de varias afecciones designadas con una sola palabra.

2.^a Cuando el útero llega á formar salida al exterior, aun cuando la vagina se halle completamente invertida, y la matriz, por el volumen del tumor, en cuyo centro se halla, parezca enteramente precipitada entre los muslos, no sucede esto en la gran mayoría de los casos, porque el útero haya descendido en su totalidad y salido completamente de la pelvis, sino porque ha sufrido una prolongacion hipertrófica parcial ó general.

3.^a En la afeccion designada bajo el nombre de precipitación, la prolongacion hipertrófica no es la escepcion sino la regla general.

4.^a Dos variedades principales de hipertrofia longitudinal, la *sub* y la *supra-vaginal*, que constituyen en cierto modo dos enfermedades diferentes, pueden simular el descenso y la precipitación de la matriz.

5.^a En la primera especie de alargamiento, el cuello de la matriz forma en la cavidad de la vagina una salida cilindroidea ó conoidea más ó menos prolongada, cuya estremidad libre se aproxima á la abertura vulvar y hasta se insinúa entre los labios de la misma, sin que el conducto vulvo-uterino quede acortado, invaginado ó invertido sobre si mismo.

6.^a Háse confundido hasta estos últimos tiempos con él el prolapsus y descenso de la matriz, cuando no ha sido considerado y tratado como un pólipo, una inversion crónica, un quiste folicular, un escirro del cuello ó hidropesia de esta parte.

7.^a Ninguna descripcion completa de esta enfermedad se habia dado hasta el día, y eso que tiene caracteres bien marcados bajo el aspecto de su desarrollo, de sus sintomas y de su tratamiento.

8.^a Los medios medicinales y las diversas especies de cauterizaciones, no son aplicables sino á las hipertrofias ligeras y las que están complicadas con inflamacion é infarto.

9.^a Los pesarios son lo más comunmente inútiles ó peligrosos.

10.^a Cuando una prolongacion hipertrófica del hocico de tenca determina accidentes serios y tiene una longitud de 5 á 7 centímetros, no hay mas que un medio eficaz y curativo que emplear; tal es la resección del cuello á medio centimetro por debajo de la insercion de la vagina.

11.^a La enfermedad que se ha designado hasta el día bajo los nombres de prolapsus, de precipitación ó de caída completa del útero, generalmente no es otra cosa más que una hipertrofia longitudinal de la porcion supra-vaginal del órgano, cuyo cuerpo y fondo han quedado en la cavidad pelviana, aun cuando la vagina se halle enteramente invertida, y aun cuando el tumor que cuelga entre los muslos, tenga una longitud igual ó superior á la del útero en el estado normal.

12.^a Los hechos de alargamiento hipertrófico de la porcion supra-vaginal del cuello que se hallan esparcidos en las obras de los autores de los dos últimos siglos y del actual, habian pasado desapercibidos, y habian hasta el presente quedado perdidos para la ciencia; los mismos autores no habian sacado de tales hechos conclusion alguna práctica, y habian confundido siempre esta afeccion con la verdadera precipitación del útero.

13.^a En casi ninguna obra se encuentra la prueba irrecusable, semeiótica y anatomo-patológica de la existencia de la caída completa del útero.

14.^a Por el contrario, los hechos de anatomia patológica que hemos descrito, los que varios de nuestros profesores han demostrado, despues de nuestras observaciones, en la sociedad de cirugía, y los contenidos en el museo de Dupuytren, prueban la presencia del alargamiento hipertrófico y la de la caída del cuello, solamente en la afeccion llamada precipitación de la matriz.

15.^a La hipertrofia longitudinal de la porcion supra-vaginal del cuello y la caída del útero, tienen caracteres patológicos y semeióticos diferentes, que sirven para distinguir estas dos afecciones.

16.^a La relajacion, la debilidad y la distension forzada, no menos que la destrucción de los ligamentos anchos ó de los redondos, no concurren de una manera muy eficaz á la caída del útero; no sucede lo mismo con las alteraciones análogas de los ligamentos uterolumbares.

17.^a En el tratamiento de esta afeccion no se deberá recurrir á una operacion cruenta ó quirúrgica propiamente dicha, sino cuando determina accidentes serios, y se tiene la certidumbre de que los medios medicinales y protéticos son insuficientes.

18.^a Todas las operaciones inventadas hasta el día para llenar las indicaciones terapéuticas que reclama, son insuficientes. Pueden ser útiles en el caso de simple caída del útero sin alargamiento hipertrófico, y bajo este aspecto deben quedar en la ciencia.

19.^a En este alargamiento hipertrófico del cuello, seguido de la precipitación de esta parte y de la inversion de la vagina, la única operacion que llena las principales indicaciones y que puede ir seguida de buen éxito, es la amputación del cuello por encima de la insercion de la vagina, más ó menos cerca del cuerpo del órgano, segun el grado del alargamiento.

20.^a Esta operacion jamás deberá practicarse antes de haber adoptado previamente precauciones contra las inflamaciones consecutivas. Estas precauciones deberán continuarse con el mayor cuidado durante los quince ó veinte primeros dias siguientes á aquella.

21.^a Las arterias del tejido uterino son muy difíciles de cojer y de ligar; es preciso servirse, para conseguirlo pronto y con seguridad, de una especie de tenaculum que se deja aplicado hasta que se caiga espontáneamente.

22.^a El *ecraseur* lineal nos parece á propósito para terminar la seccion del cuello, sobre todo si esta parte es muy vascular.

23.^a Cuando la enfermedad va precedida de un rectocele ó de un cistocele voluminoso, ó de estas dos afecciones á la par, despues de haber separado el cuello puede ser necesario operar aisladamente las hernias del recto y de la vejiga, como varias veces nos ha sucedido con buen éxito.

24.^a La operacion se halla contraindicada cuando existen á la par una pelvis y una abertura vulvar muy ancha, un periné mas ó menos desgarrado y una debilidad considerable de todas las partes blandas que forman el suelo de la pelvis.

25.^a Cuando no se opera en las condiciones indicadas en la precedente conclusion, la enfermedad no recidiva y la salud vuelve al floreciente estado en que se hallaba antes del desarrollo de esta afeccion.

TERAPÉUTICA.

Metrorragia: ácido fosfórico.

El Dr. LEON OSIECKI recomienda mucho en el tratamiento de las metrorragias el uso del ácido fosfórico, citando en comprobacion dos hechos en los que dicha sustancia le produjo excelentes resultados. Trátase en el primero, de una mujer que á consecuencia de un flujo abundante que databa de cuatro dias, se veia acometida de síncope repetidos casi sin interrupcion. En tan alarmantes condiciones, el mencionado profesor prescribió inmediatamente la siguiente pocion:

Cocimiento de sa-	200 grms. (unas 6 onzas y media).
Acido fosfórico . . .	5 (90 gramos).
Jarabe de frambuesas.	20 (3 dracmas).

H. s. a. para tomar á cucharadas de las comunes, de media en media hora.

A este medio agregó la limonada fria y la esposicion al aire. Apenas habia tomado la enferma tres ó cuatro cucharadas de la disolucion, cuando la hemorragia disminuyó considerablemente, y algunas horas despues se habia detenido por completo para no volver á presentarse.

Refiérese la segunda observacion á una mujer de 40 años, embarazada de tres meses y que se hallaba por la misma causa inmóvil, con las pupilas dilatadas, insensibles y sin poder contestar á las preguntas que se la dirijian.

En este caso empleó el Sr. OSIECKI la pocion siguiente:

Cocimiento de salep.	(5 decigramos) 200 gramos.
Acido fosfórico.	6 —

Jarabe de frambuesas.	15 —
— diacodion.	15 —

H. s. a. para tomar cada cuarto de hora y cada media hora en caso de disminuir la hemorragia.

A las dos ó tres cucharadas de esta pocion el semblante se reanimó, la vida se manifestó de nuevo en aquella cara de muerte (como dice el autor), é insistiendo en la administracion del remedio, la enferma recobró las fuerzas y el uso de la palabra.

PRENSA FARMACEUTICA.

Cinconina: reactivo de este alcaloide.

Sabido es, dice el Sr. BILL, que cuando se vierte sobre una disolucion de una sal de quinina una disolucion de cianuro amarillo de potasio y de hierro, se ve formarse un precipitado blanco amarillento, que desaparece por la accion del calor ó por la adiccion de un ligero esceso de cianuro amarillo. En uno como en otro caso la disolucion no va seguida de fenómeno alguno particular.

Si se hace el mismo ensayo con una sal de cinconina, se forma igualmente un precipitado blanco amarillento, pero este precipitado persiste cualquiera que sea la proporcion de cianuro amarillo, y cualquiera que sea tambien el grado de concentracion del liquido. Es verdad que calentándolo se le hace desaparecer, como en el caso precedente; pero dá lugar, por el enfriamiento, á una multitud de muy hermosos cristales, de un color de oro brillante, y en tal abundancia, que invaden toda la masa y la dan un aspecto gelatinoso. Estos cristales son láminas aplastadas, cuneiformes, sobrepuestas á la manera de los cristales de nitrato de urea. Un microscopio de 50 diámetros de aumento, basta para observarlos muy distintamente.

Como se ha dicho, el ferro cianuro de cinconina no es soluble en un esceso de cianuro amarillo; pero se descompone como el de quinina, bajo la accion de los ácidos minerales hirviendo.

El Sr. BILL considera esta reaccion como una de las más sensibles para comprobar la presencia de la cinconina, y la tiene al mismo tiempo como la más característica de todas, puesto que la cinconina es el único alcaloide que dá lugar al fenómeno observado. Es preciso, añade, tener cuidado de emplear un ligero esceso de ferro-cianuro, de no poner sino la cantidad de ácido estrictamente necesaria, y de calentar muy suavemente el liquido despues de la formacion del primer precipitado.

Por la Prensa médica y farmacéutica, E. CASTELO SERRA.

VARIEDADES.

Los respetos que á nuestros suscritores debemos, nos apartan de entrar en discusiones con ciertos periódicos y de ocupar la mayor parte de las columnas de EL SIGLO MÉXICO con asuntos demasadamente debatidos, y respecto á los cuales tienen ya todos su opinion formada.

Desdenaremos por lo mismo en adelante, con la dignidad que es debida, siquiera tengamos que hacer para ello el penoso sacrificio de nuestro amor propio, esas cuestiones estériles que al cabo vienen á resolverse en riñas y dieterios, impropios de gente formal, sensata y de ciencia.

Academia de medicina de Madrid.

En la sesion celebrada el jueves anterior habló el Sr. NIETO por espacio de una hora, contestando en términos corteses, con facilidad y correccion á los principales puntos que habia tratado el Sr. MATA en su discurso último; despues de lo cual prosiguió la lectura de la parte del discurso escrito que le faltaba.

Concedida la palabra al Sr. AMETLLER, comenzó este la lectura de un lindo discurso, discutiendo sobre la cuestion hipocrática, y procurando hacer ver con dificultad suma que el Sr. MATA no le habia combatido tan duramente como se ha supuesto, pues que dijo mucho en su favor (cuyos párrafos leyó), y por ser cierto que muchas de sus obras no sirven para el estudio de la ciencia en la actualidad; pero hizo grandes elogios del tratado de *Aires, aguas y lugares*.

Seguidamente procedió á hacer una entusiasta defensa del materialismo, aduciendo argumentos que reputamos de muy escaso valer, siquiera no dejen de ser hábiles ni de ofrecer originalidad. Cumplidas las dos horas que duran las sesiones, quedó este académico con la palabra para continuar el jueves próximo, que se reunirá la Academia á las cinco de la tarde.

El Sr. AMETLLER ha manifestado una vez más sus buenos conocimientos, y dado á conocer que la ciencia tiene algo que esperar de sus buenas dotes.

Estado sanitario de Puerto-Rico.

Por el último correo hemos recibido la siguiente carta de nuestro apreciable é ilustrado corresponsal don Patricio Rodriguez y Suls:

«Ya pasó el mes de mayo, y con él los temores que desde sus primeros dias abrigaba nuestro corazon. La escesiva temperatura que repentinamente nos ha traído, inaugurando la estacion del verano, con los 28 grados de Reaumur, nos ha causado tal molestia y sensacion, que en ningun punto que nos colocáramos podiamos sufrir ese calor bochornoso y sofocante que nos brindaba el viento Sur. Siete dias ha reinado este sin la más minima variacion en la aguja, causan-

do lipotimias y accidentes nerviosos a las personas de complejion delicada, y en esto cifrábamos nuestro fatal presentimiento. La sequia, por otra parte, que ya se dejaba sentir demasiado en algunos puntos de la isla, en términos de causar alguna mortandad en el ganado caballar y vacuno, venia á apurar más nuestras conjeturas sobre el porvenir que esperaba á estos pobres habitantes andando más la estación. Todos teníamos ojos los ojos en la fiebre amarilla, pues las condiciones atmosféricas, eran sumamente abonadas, y las circunstancias en que se hallaba ya la mayor parte de la gente poco acomodada, haciendo uso de las malas aguas y últimos residuos de los algibes que, por favor y piedad, podían alcanzar mendigando de puerta en puerta, eran demasiado imperiosas para que el tubo digestivo dejase de resentirse de esta nutrición, y viniese á colocar á los individuos en una epidemia de fiebres endémicas, tal vez la más espantosa.

Afortunadamente el cambio atmosférico y las lluvias que copiosamente han regado nuestros áridos campos, han traído el consuelo á las familias, y con la brisa, ese ambiente tan vital é indispensable en las Antillas, un notable alivio á los enfermos en quienes refajamos de un modo general, difícil y de dudoso resultado, todo buen tratamiento. A esta circunstancia debemos el que tanto en la enfermería de este hospital civil-militar, como en el casco de la población, se hayan limitado los padecimientos, en el primer tercio del mes, á fiebres gastro-intermitentes, gastro-tifoideas, y bastantes casos de disenteria.

No en todos los puntos de la isla fué igual la suerte, pues según noticias confidenciales, en alguno que otro no ha dejado de presentarse algun chispazo de vómito, particularmente en Mayagüez, donde sucumbió un capitán piloto y dos marineros de una embarcación surta en aquel puerto. Estos casos limitados solo á la playa, han motivado la traslación á San German de la fuerza allí destacada, punto más elevado y desviado de la costa.

En los dos últimos tercios del mes, las fiebres se han hecho más benignas, cambiando su faz en intermitentes simples, gástricas y catarrales. Así que el movimiento de enfermos en este hospital ha seguido un orden regular, entrando 187 individuos civiles y militares, cuyo número de estancias ascendió á 4.195, y no contando sino 11 defunciones. De estos, 7 son civiles, que sucumbieron á consecuencia de padecimientos crónicos de las vías gástricas y respiratorias. Entre estos 7, figuran dos africanos emancipados de los últimamente encontrados en las playas de Humacao, de que ya di á Vds. noticia á tiempo. Los infelices terminaron sus días con la gastro-enteritis, tan comun en esta raza al aclimatare en el suelo de América. Los demás fueron de tropa del ejército y marina por enfermedades demasiado frecuentes en nuestra juventud que no menciono, y solo lo haré de un granadero del primer batallón de Valladolid, arrebatado por el terrible tétanos espontáneo.

Con este son 8 ya, si mal no me engaño, los tétánicos que llevamos este año. Todos han sucumbido en la más terrible agonía, sin que los esfuerzos de los señores profesores del cuerpo, ni los consejos de los más prácticos de la población, que se imponían de nuestro afán por hallar un recurso poderoso para combatir un enemigo que nos tribula en sus acometidas, hayan bastado á conquistarnos la gloria de vencerle una vez. Ni el opio á las temidas dosis que se recomienda en los más clásicos autores, ha triunfado. Todos los hemos perdido. Nuestro desconsuelo es asaz molesto; y al espresarme así, en queja á mis compadres que recorren las páginas de su apreciable periódico, es por si algun destello de luz, del más recóndito é inesperado rincón de España, viene á iluminarnos y á darnos armas para vencer este enemigo, que nos avergüenza con su poder. La frecuencia con que se presenta esta enfermedad en estos países, nos proporcionará otros casos semejantes, y entonces podremos hacer un bien proclamando la gloria merecida para quien nos haya iluminado, escitando á la humanidad á su veneración y gratitud, que es lo único que podemos ofrecer.

Damos publicidad con mucho gusto á la siguiente carta que nos ha dirigido desde la Habana, con fecha 12 de junio anterior, un apreciable suscriptor, oficial de Sanidad militar:

«El 21 de marzo partió para la Península el distinguido é ilustrado jefe de Sanidad militar de la isla de Cuba, Sr. D. Fernando Basterreche; cuya ausencia deja un gran vacío, no solo en el cuerpo de Sanidad militar, sino tambien en otros ramos de la profesion. Su infatigable celo por la ilustracion del cuerpo, hizo que se elevara este en la Isla de Cuba á la consideracion que le pertenece. El interés que manifestó siempre por los oficiales del cuerpo es bien conocido de todos, y muchos hechos pudiera citar como prueba: de ello pueden mejor que nadie hablar las familias de los que han tenido la desgracia de fallecer en este clima, quedando sin recursos y sin proteccion de ninguna clase. En estos casos el Sr. Basterreche se constituia en verdadero padre de los desgraciados, y por medio suyo hallaron siempre lo necesario, no solo para cubrir sus atenciones, sino tambien para poder trasladarse á la Península.

«El interés que siempre ha demostrado por los enfermos, así militares como civiles, queda grabado en los hospitales de la isla de Cuba, particularmente en el militar de la Habana y en el de San Juan de Dios, de donde fué sindico. A ellos concurría á todas las horas del día y de la noche, sin que le arredrara el mortífero clima en que vivía, la falta de descanso ni otras causas análogas.

«Durante las epidemias de cólera, en el rigor del estío, á las horas más peligrosas, y en circunstancias muy graves, recorria silenciosamente los hospitales, socorriendo en muchas ocasiones á los enfermos, y atendiendo constantemente á la asistencia de los mismos. Su mision ha sido siempre altamente humanitaria. No olvidaré el día en que tuvo lugar la explosion del polvorin de la Marina: despues de haberse constituido en el lugar donde ocurrió esta desgracia, y de haber dado las órdenes oportunas para conducir el crecido número de heridos y muertos al hospital militar de esta plaza, se constituyó en este, y al entrar en las salas á donde se hallaban los heridos, todos lo llamaban en su auxilio; y sin consideracion á su clase atendia indistintamente á las necesidades del servicio. Curando y operando

estuvo sin cesar desde la tarde en que aconteció el accidente, hasta las dos de la madrugada. Si hubiera, en fin, de referir hechos de esta clase, seria interminable el presente escrito.»

Una complacencia.

Anima che per biammo si dibassa
O per laude s'innalza, è debil canna
Cui muove à scherzo il venticello che passa.

«Toujours ce qui precede amene ce qui suit.»

Vivió en Francia, á fines del siglo anterior, un cirujano fraile, más que algo extravagante, pero honradísimo y de buen juicio, que al frente de una obra dejó muy curiosas sentencias y proverbios. Llamábase este buen cirujano el Padre Maublanc, y entre otras cosas que dijo, dijo lo siguiente: «Ponéos vuestros guantes mejores, más blancos y suaves, si queréis tocar al amor propio de un médico.» No había por entonces venido al mundo D. Pedro Mata. ¿Qué hubiera dicho el fraile á tropezarse por ahí con el amor propio, mayúsculo, gigantesco y piramidal de este? Que le tiene voluminoso y monumental, quizás por la libertad y holgura en que se le ha dejado desenvolverse, cosa es con cien pruebas probada, y que viene á probar de nuevo la prueba que hoy exhibimos. Pero á bien que de esto ni un ardite nos importa. Para dejar uno de amarse á sí mismo, es necesario tener unas entrañas como una fiera; y por otra parte, ¿se nos ha de coartar hasta la libertad de querernos?

Y vea, por ende, el apreciable suscriptor, cuya carta va puesta al principio de este número, como todo nuestro deseo y el ansia de complacerle que nos anima, distan mucho de alcanzar á impedir que matememos á los suscriptores con el asunto Mata, capaz de matar, en efecto, al caballo de bronce de la Plaza Mayor.

¿Hemos de ser tan badeas nosotros, teniendo fuerzas y armas, que nos dejemos vencer? En verdad que no sucederá cosa tal en nuestros días: lucharemos desesperadamente, como luchó César en la batalla de Munda, para vivir al menos, ya que no para vencer.

Vea el lector lo que nos fuerza á escribir de esta suerte: imparcial es y á él le toca el fallo en pró de quien tuviere la razon de su parte.

Bien recordará que habiendo llegado de mano en mano hasta nosotros un número de la *Revista médica* de París, correspondiente al 30 de abril último, dimos noticia oportunamente del ruidoso artículo que publicó contra el Sr. Mata; y tambien tendrá en la memoria que, á fuer de leales adversarios, cuando le publicamos en *El Siglo Médico*, correspondiente al día 22 de mayo, no solo omitimos los párrafos que pudiera tomar dicho señor por mala parte, sino que, incurriendo quizás en algo de quiotismo, nos movió el afecto profesado al señor Mata á rechazar desde luego la parte personal del artículo.

Corriendo los días, llegó uno en que juzgó para sí conveniente publicar el artículo entero de la *Revista* en los periódicos que le hacen coro y palmotean; que no de otra manera podía, ni fingirse la víctima, ni poner en claro que no mancillaban gran cosa su honor las *enormidades* (sobre que nos hemos enamorado de esta frasecilla gállica, y de otras muy gráficas y espresivas, para tratar con ciertas gentes y de ciertos asuntos!) de la *Revista médica*, ni forjar el documento famoso que todos conocen.

Visto que no había quedado en España periódico chico ni grande, médico ni cirujano, que no hubiese sacado á luz, en letras de molde, los párrafos de la *Revista* que (humanos, caritativos y hasta cariñosos) omitiéramos nosotros en su día, consideramos que nuestros suscriptores quedaban defraudados en sus esperanzas si no los publicábamos tambien, y nos ocurrió la idea de hacer una escision á la *España médica* (Vd. perdóne), periódico el más enamorado del doctor Mata, y enviarlos á la imprenta, espresando á la cabeza la razon que á publicarlos nos movía.

¡Aquí fué Troya!... El Sr. Mata, al ver aquellos párrafos pelados, y sin recordar, por lo visto, que cuando los omitimos en el número de 22 de mayo, habíamos hecho de ellos toda la censura que queríamos y debíamos hacer, ha sufrido una violenta accesion, y trazado con su mano y pluma la peregrina carta que verán los lectores en seguida. ¿Podremos averiguar el por qué de la varia conducta de nuestro compañero, despues de todo, y aunque le asombre, apreciable? ¿Cómo es que se disgusta al ver en *El Siglo* lo propio que sin duda alguna autorizó para insertar en los otros periódicos? ¿No es tomada de uno de ellos toda esa parte del artículo, para evitar que atribuyéndonos alguna *mistificación* (otra palabra gállica que nos encanta para tratar estas materias, y que seguiremos usando con el permiso de un *afamado* hablista, gali-parlante de primera tijera!) (1) se empuerrará más con nosotros? Pero... ¡Ya lo adivinamos! ¡El artículo de la *Revista* iba allí envuelto entre una nube de elos y de mirra, y el Sr. Mata perdonaba el coscorron por el bollo; cambiaba de buena voluntad la ofensa por la defensa! Nosotros, empero, nos tocamos poco de idólatras, no rendimos fácil culto á nadie, y esto de decir las cosas á secas ya es diferente.

Pero dejémosnos de tales consideraciones y llevemos con el Sr. Mata nuestra complacencia hasta el último extremo; no porque nos comine con los tribunales (¿si nos querrá echar á presidio el amigo de la discusion y del libre examen?), sino porque de ninguna suerte pretendemos privarle de la más amplia defensa. ¿Cómo

- (1) ¿Tú que no sabes, Me das lecciones? Déjalo, Fábilo, No te incomodes,

habíamos en este caso de temer á los tribunales, que tendrían que condenar antes á todos los otros periódicos? Por otro lado, ¿quiere el Sr. Mata que hagamos un detenido examen de los párrafos trascritos, para probarlo hasta qué punto sería dudoso el éxito de una denuncia, aunque recayese la querrela contra el Sr. Sales-Girons, hallándose este en Madrid? Haría mal en querer.

Finalmente, el más topo nota con facilidad, que mejor denunciaria en nosotros, si tal pudiera hacer, el *silencio laudatorio* que guardamos, que los párrafos trascritos.

Si la respuesta le pareciere amarga, atienda á la dulzura de su carta; á la amenguada comunicacion con que la ha dirigido á la *España médica*, en la cual nos trata con su habitual dureza y menosprecio, diciendo que deslucimos nuestras columnas con los rasgos de mal género que nos inspira *nuestra derrota en la cuestion científica* (la de habernos quedado solos sin adular al Sr. Mata firmando el consabido documento notable será, porque triunfos científicos del Sr. Mata no se cuentan), que hemos convertido la lucha en personal y de miserias *neo-católicas*. ¿Hasta dónde vá á llegar el despecho del Dr. Mata? ¿Hasta qué extremo piensa llevar una contienda que él solo ha hecho personal y de miserias? No espere que nosotros le sigamos en el camino á que intenta conducirnos; el de los dictérios: *El Siglo Médico* se respeta demasiado para empeñarse en esa mala senda, y respeta á sus lectores. No se olviden estos de que los ardientes escritos que han puesto hoy la pluma en nuestra mano, reconocen por origen el hecho sencillísimo de haber querido que no ignoraran el contenido de unos párrafos de la *Revista médica* de París, que habían publicado todos los demás periódicos, y no olvide el Sr. Mata que suya es la culpable nuestra forzosa réplica. «*Quod á tè tuum.*»

Descansen, finalmente, los suscriptores de *El Siglo*, en la seguridad de que en sus columnas no se volverán á dar respuestas de este género: *las necesitamos para escritos científicos y de interés general.*

Y al copiar en seguida su carta y su contestacion á la *Revista*, permítanos el Sr. Mata que exornemos tan raros documentos con las notas y los comentarios que sean de nuestro gusto; que al cabo libres somos para hacerlo, y no ha de ser él quien pretenda menoscabar ni restringir los fueros más preciosos de nuestra racionalidad que las leyes del país nos conceden.

Sres. Directores de *EL SIGLO MÉDICO.*

Muy Sres. míos: Han publicado Vds. en el núm. 237 de su periódico *El Siglo Médico*, los párrafos más injuriosos y calumniosos que tiene contra mi nombre el artículo de la *Revista médica* de París, firmado por el Dr. Sales-Girons (1).

Para ello se han fundado Vds. en motivos que no son ciertos (2), y han equivocado el debido correctivo que á todo escritor nacional hubiera sugerido el menor vestigio de justicia y celo por el prestigio y reputacion de cualquier profesor de la Peninsula, tan maltratado, como lo he sido yo, por un periódico extranjero (3).

Vds. han comentado, que no extractado como han supuesto, con reflexiones *oficiosas* (4), que tienden á desvirtuar la defensa de mi honor, tan gravemente ofendido (5), mi contestacion al artículo de París, publicado en la *España é Iberia médicas*, en vez de insertarla íntegra, como cumplia, en un asunto que es de honra y no de doctrina (6).

Para proceder de esa suerte, han pretestado Vds. motivos que no existen, razones que no son un misterio para nadie y mucho menos para mí, añadiendo al agravio la burla y á la sinrazon los dictérios (7).

(1) Solamente los tribunales de justicia pueden declarar qué escritos son injuriosos y calumniosos. El Sr. Mata incurriría en un error de que quisiéramos verle curado: las opiniones científicas y las políticas, cuando se han manifestado en escritos y en hechos públicos, pueden censurarse y combatirse libremente, sin que la más completa desaprobacion constituya injuria ni calumnia. De otra forma no habria discusion, no habria critica. Lo vedado, como personal y ofensivo, es aquello que se refiere á la vida privada, lo que afecta á la moralidad de la persona. El hombre de ciencia, el literato, el político, que ven criticados sus pensamientos ó los actos de su vida pública, siquiera resulte de la critica mengua á su fama y aun daños materiales, tiene que sufrir esa forzosa consecuencia de la discusion. ¿No la sufrimos todos? ¿Es el Sr. Mata quien más corto se queda en punto á rebajar á los demás?

(2) ¿No es cierto que todos los periódicos menos *El Siglo*, habían publicado esos párrafos, y que resultaban ignorantes de su contenido los lectores de este, aunque se había movido tanta algarazara?

(3) En la ciencia no atendemos nosotros á division territorial alguna, y hemos reputado y reputamos además como ridículos esos estemporáneos alardes de patriotismo debidos á livianos motivos. ¿Será *casus belli* y asunto de negociaciones diplomáticas el hecho de censurar un periodista médico francés á un profesor español? Por lo visto, quisieran el Sr. Mata y sus adoradores, que formásemos los médicos españoles un cuerpo de ejército para ir á la rue Bonaparte de París á tomar venganza del Sr. Sales-Girons, porque ha dicho *la sinrazon* de que el Sr. Mata es catedrático de *origen político*, que fué oficial de un ministerio, que ha sido diputado de la democracia, que es poeta y novelista, etc. ¿Desde cuándo el tener un origen político, el ser alto empleado, el ser diputado democrata, poeta ó novelista es cosa ofensiva, que enciende la sangre á nadie ni produzca un conflicto internacional? No parece sino que ciertos médicos españoles pretenden presentar nuestra clase á los ojos de los compañeros de los demás países, poco menos que destituida de razon y bajo el aspecto más ridiculo. La cuestion entre el Sr. Mata y la *Revista* es en este caso ó científica ó personal: si lo primero, conteste en el terreno científico y digan los periódicos aquello que gusten; y si lo segundo, entiéndase con el periódico parisense la persona ofendida, que nada tenemos que ver los demás con eso.

(4) No corresponde esta calificacion al Sr. Mata.

(5) Entendemos que no ha habido ofensa de importancia para el honor del Sr. Mata. Porque se diga de uno que es democrata ó absolutista; que mediante la política alcanzó tal ó cual posicion; que es poeta, que es novelista, que tiene ambiciones, que hace bien ó mal frases de tribuna, etc., no se ataca ni por soñacion su honor: todo eso puede conciliarse muy bien con la virtud más austera y la más perfecta santidad. Pues qué, ¿hay baldon en profesar estas ó las otras opiniones políticas? ¿Está prohibido como malo, ni es cosa vedada para nadie, cuando en alas de la política se levanta, aceptar posiciones como la que aceptó el señor Mata, y que en verdad desempeña muy cumplida y dignamente? ¿Es ofensivo ni deprimente el ser novelista ni poeta? ¿Deshonra el ser orador de este ó del otro género, sobre todo siendo bastante buen orador como lo es el Sr. Mata? Decididamente, nuestro compañero se ha dejado cegar en el asunto por lo que á nuestro entender le ciega siempre, con pena de los que le apreciamos, eréalo ó no lo crea, con sinceridad.

(6) ¿Dónde nos había dicho que daba su autorizacion para copiar en *El Siglo* (que es el único periódico á quien niega sus escritos) los artículos de honra, y se la negaba tan solo respecto á los de doctrina? Además, ¿qué reglas nos había dado para distinguir los escritos de uno y otro género?

(7) Espacito y mire lo que escribe: dictérios no hemos usado, ni burlas tampoco. La equivocacion depende, y sentimos decirlo, de que el autor de la carta tiene por dictérios todo aquello que no le lisonjea.

En vista de la ineficaz actitud que han tomado Vds. para conmigo, y de la insistencia, tanto más ruda y procaz, cuanto mayor es mi silencio y la longanimidad que guardo, en provocarme con invectivas continuas y suposiciones denigrantes (1); yo no puedo prometerme de Vds. ningún acto, no ya de caballerosidad y buena correspondencia, sino ni aun de estricta imparcialidad y mera justicia (2).

De consiguiente, se servirán Vds. insertar en el próximo número de su periódico, junto con esta carta, *integro* mi contestación a la *Revista médica* de París, que incluyo en los términos que previene la actual ley de imprenta; de lo contrario, me pondrán Vds. en el desagradable caso de apelar a los derechos que me da la misma ley, y de adoptar los demás medios que me dicte mi honor ultrajado por el periódico francés y por cuantos se le hagan suyos, traduciéndole y publicándole sin protestar franca y eufóricamente contra sus injurias y calumnias personales, como cumple a todo el que estima la dignidad profesional y el decoro de la ciencia (3).

Madrid 4 de julio de 1859. — S. S., PEDRO MATA.

DR. SALES GIRON.

«Muy señor mío y respetable profesor: He leído en la *Revista médica* de París (núm. 8, 50 de abril de este año) un artículo suscrito por Vd. y titulado: «Ojeada sobre el movimiento médico que se ha efectuado en Madrid, con motivo del manifiesto académico del catedrático Mata.»

En ese artículo habla Vd. de mi discurso inaugural y de mi persona de un modo, no solo impropio de un periódico científico, sino de todo escritor que estima el decoro de la ciencia.

En cuanto a mi discurso inaugural, le ha dado Vd. en dos pasajes el injurioso nombre de *libelo*, y en otro el no menos repugnante de *libro*.

Esas dos calificaciones tan denigrativas para mí como para la Academia, que dispuso la impresión de mi discurso (4), y unas cuantas proposiciones igualmente detractoras y personales, es todo lo que Vd. ha opuesto a mis doctrinas.

En cuanto a mi persona ha sido Vd. más fecundo, pero de una fecundidad poco envidiable.

Desde el principio hasta el fin del artículo se advierte fácilmente la decidida intención de rebajarme en el concepto del público. Interpreta Vd. de un modo tan inexacto como ofensivo, los hechos de mi carrera científica y de mi vida política. Se aparta Vd. de la verdad en cada párrafo; me injuria en fin, y me calumnia de una manera ineficaz y con una sana inconcebible.

Después de estos estruendos desahogos, que nada tienen que ver con una cuestión científica, supone Vd. con incomprensible aplomo, que la Facultad de medicina, que la Academia, que la prensa española, que todos los hombres más notables del país se han declarado contra mí, sin dejarme ilusiones alguna de buen éxito en mi empresa; y con una ignorancia profunda de lo que acontece en España, habla Vd. del estado de la medicina y de los médicos españoles, de un modo que no hace por cierto el panegírico, ni de su criterio de Vd. ni de su imparcialidad.

La Facultad de medicina no ha tomado parte en la cuestión sobre Hipócrates (5).

La Academia no ha fallado ninguna decisión sobre mi discurso; algunos de sus miembros discuten acerca de la doctrina hipocrática (6).

La prensa médica ha protestado enérgica y solemnemente contra las falsas aseveraciones de Vd. relativas a ella, y ha rechazado con indignación los insultos que Vd. me ha prodigado. Solo un periódico de los nueve científicos que se publican en España, está en el exclusivo privilegio de serme violenta y personalmente hostil (7), solo El *Siglo Médico* forma causa común con la *Revista médica* de París en este asunto (8), y precisamente sus directores y algunos de sus colaboradores, son los mismos que en la Academia me combaten; cinco de estos son catedráticos de la Facultad (9).

Los Sres. Castelló, Santero, Calvo, Alonso, Méndez Alvaró, Nieto y Drumen son las notabilidades de la prensa, de la Academia ó de la Facultad, que han hablado ó escrito contra mí (10). En todas partes son los mismos (11); pero ni

(1) Repetimos de la nota anterior. Nuestra actitud es bien calificable: combate sostenido a las doctrinas; consideración y hasta distinguido aprecio a la persona, mientras que no repita mucho un lenguaje como el del párrafo que estamos anotando. Pudiendo desplegar mayor fuerza, y hacer mucho más dura hostilidad, hemos sido por exceso tolerantes y sufridos con el Sr. Mata. Aun no queremos faltar a nuestra templanza.

(2) Si el Sr. Mata habla en este sentido recordando que fué el quien provocó la agria cuestión origen de las otras cuestiones en el seno de la Academia, y quizás en el periodismo, se equivoca; aun así y todo, le hemos dado y estamos dando repetidas pruebas de caballerosidad, de tolerancia, de sufrimiento, de imparcialidad, de buena correspondencia y aun de afecto.

(3) Qué descompostura y qué arrebató!

(4) Buena es en todo la exactitud. Ciertamente la Academia aprobó la impresión del discurso; pero conviene advertir que fué porque es costumbre imprimir todos los discursos, y porque además declaró que las opiniones que en tales discursos se vierten pertenecen a sus autores, acuerdo equivalente a una protesta contra aquel discurso.

(5) Ya lo dijimos en nuestra estruendosa. ¿Qué parte podía tomar en la cuestión la Facultad? Ninguna, porque no es el cuestionar atribución suya; la han tomado cinco catedráticos combatiendo la doctrina del señor Mata, mientras que no se la ha visto defendida por ninguno.

(6) En efecto, la Academia no ha dado ni puede dar veredicto alguno. Jamás se ha pensado en eso; lo que han hecho los siete académicos que han hablado hasta el presente es defender al hipocratismo y al vitalismo, condenando las opiniones anti-hipocráticas y materialistas del Sr. Mata; sin que una sola voz se haya levantado en la corporación en su defensa.

(7) Ya lo tenemos dicho: El *Siglo Médico* no es, ni tiene el menor motivo para ser violenta y personalmente hostil al Sr. Mata; más aún, no es hostil a persona alguna. El *Siglo Médico* combate con lealtad, valor, nobleza y perseverancia las doctrinas científicas del Sr. Mata, porque las considera erróneas y funestas; y lo hace en uso de su voluntad libre y del derecho que le asiste. El *Siglo Médico* tiene además bastante decoro, altivez é independencia para no prosternarse de hinojos en presencia del Sr. Mata, y someterle desde los pies a la cabeza, como algunos hacen.

(8) ¡Alto ahí! El *Siglo Médico* no hace causa común con aquel periódico ni con otro: sigue su marcha propia, aprueba y desaprueba lo que le parece, y solo sirven de norte a su conducta el amor a la ciencia, el respeto que se debe a los hombres eminentes en ella vivos y muertos, el interés legítimo y digno de la profesión, y la opinión de la generalidad sensata bien representada por la de sus constantes y numerosos suscritores.

(9) Esto es al cabo un honor para El *Siglo Médico*; por cuanto prueba que le redactan distinguidos catedráticos y académicos. Sin duda se debe a esta circunstancia su independencia.

(10) Perdone el Sr. Mata, pero tenemos necesidad de repetir que lo que menos ocurre a estas personas es echarla de notabilidades. Hállanse de cierto muy ajenas a tales vanidades. Si defienden la causa contraria a la del Sr. Mata con ardimiento y con fe, débese a que la consideran justa, verdadera, noble, honrosa y conducente al adelantamiento sólido de la ciencia.

(11) No podemos decir otro tanto del Sr. Mata.

constituyen la Facultad, ni la Academia, ni la prensa (1); ni gozan en España de esa reputación exclusiva y superior que Vd. tan fácilmente les ha concedido en mengua del talento, saber y justa fama de no pocos escritores, catedráticos y prácticos, cuyo nombre no determina Vd. porque le ignora (2).

El Dr. Hoyos Limón no solo es mi digno adversario, sino que se propone demostrar el *pseudo vitalismo* de la *Revista médica* de París.

El Dr. Drumen, a quien Vd., con estraneza de cuantos le conocen, presenta como una de las personalidades más eminentes del vitalismo hipocrático de la medicina española; a quien menciona Vd. como si hubiese tomado parte en el debate, siendo así que a esta fecha todavía no ha usado de la palabra que tiene pedida, y a quien en fin atribuye Vd. juicios y comparaciones ofensivas é injuriosas a mi persona, parece que no ha hecho lo que Vd. supone; puesto que ha desmentido de la manera más formal y terminante en El *Siglo Médico*, *España médica* y en documentos privados que obran en mi poder, lo que se ha permitido Vd. achacarle.

El Dr. Drumen, en efecto, no podía ver sin disgusto, que Vd. me llamara catedrático de origen político, juzgándolo como una cosa depresiva (3), sabiendo que mi cátedra, al par de otras muchas, fué de nueva creación, y se me dió en recompensa de la reforma de los estudios médicos que hice en 1845 (4), y que por intercesión mía pasó dicho Dr. Drumen a ocupar mi plaza de oficial en el ministerio de la Gobernación, donde permaneció, hasta que otro ministro de otra situación política y más conforme con sus ideas le dió una cátedra.

Todo eso me revela hasta la última evidencia que Vd. ignora lo que pasa en la Península; que no tiene el menor conocimiento del estado de la medicina española, ni del valor respectivo de los que la profesan y practican, que ni lee Vd. siquiera El *Siglo Médico*, y casi me haría sospechar que no entiende Vd. muy bien la lengua castellana.

Vd. no me conoce personalmente; no tiene la menor noticia de mi vida privada y pública; tal vez ha oído hablar de mí por primera vez en esta desagradable ocasión, a pesar de que ha podido ver en la *Gaceta médica*, en la *Unión médica* y en la *Revista de Instrucción pública* de París, mi nombre y apellido, y una noticia de mis obras: «Tratado de medicina legal, Compendio de Toxicología, la Facultad, el Secreto, en medicina y Tratado de la razón humana;» y si leyes Vd. los periódicos de la Península, podría saber también que ese hombre, a quien Vd. con referencia al Dr. Drumen supone que no se ha tomado la pena de estudiar nada, ni nada sabe, ha publicado además de lo dicho y otras cuantas obras sueltas, un manual de «*Nemotecnica*,» una «*Sinopsis filosófica de la Química*,» el «*Examen crítico de la Homeopatía*,» y tiene en prensa los dos cursos explicados en el Ateneo, continuación de esos estudios sobre la «*Razón humana*,» uno que habla del *sueño*, de los «*ensueños* y somnambulismos natural y artificial,» y otro sobre «*la locura y sus diferentes formas*.»

Además de esos trabajos científicos, todos graves, algunos de los cuales están señalados para testar en las escuelas del Reino, y han sido premiados por el Gobierno, oído el dictamen del Consejo de Instrucción pública, he dado a luz algunas obras literarias en prosa y verso, porque es necesario que sepa Vd. el Sr. Sales Giron, que el ser poeta y novelista no desdora a ningún hombre de ciencia, ni soy yo el primer ejemplo de esta especie, como no debe Vd. ignorar, por poco que haya hojeado la historia de la medicina (5).

Si en Francia los hombres que se encuentran fuera de la tribuna escriben, como Vd. supone, enormidades parajóicas; en España los hombres que se retiran de la política, procuran servir a su país, consagrándose a la ciencia, y cansados de trabajar en ella, se dan solaz y esparcimiento, dedicando a la literatura los escasos ocios que les quedan; y si se los censura por ello, responden lo que hizo decir Pedro á Esopo:

«*Sic ludus animo debet aliquando dari, ad cogitandum melior ut redeat tibi.*»

Tengo, por lo tanto, fundados motivos para opinar que Vd. ha sido mal informado por alguno de esos hombres de poco valer, que no atreviéndose a dar la cara buscan la sombra de algún ánimo ligero, crédulo y prevenido por el fanatismo de su secta, para que les facilite tirar la piedra y esconder la mano; y sin advertir el ridículo de que podía Vd. cubrirse, ni las ofensas graves que iba a hacer a un profesor que en nada le había ofendido, se ha dejado llevar de esa facilidad de tratar con acrimonia a sus adversarios, que solo suele ser patrimonio de las gentes intolerantes (6).

Jamás hubiera podido esperar de un periódico científico publicado en la culta capital de Francia, donde tanta gala se hace de conocer las reglas de la buena educación y de las conveniencias sociales, un ataque tan agresivo, tan personal, tan fuera de propósito, y que todo lo revela menos el laudable deseo de esclarecer la verdad y defender las mejores doctrinas de la ciencia (7).

Por lo mismo, pues, que en lugar de discutir Vd. con-

(1) No las componen efectivamente en su totalidad, pero hacen una buena parte de ellas. ¿Qué cosa componen los señores del Sr. Mata? ¿Cuánto pudimos decir sobre esto? ¿Lo que ya dijimos en la nota anterior?

(2) Antes, consentimos al Sr. Mata toda cuanto detracción; que apela al recurso miserable de la propia alabanza. Es demasiado despreciable siempre quien se alaba a sí mismo.

(3) ¿Por qué ha de ser depresivo el origen político? ¿No es por ventura el campo de la política uno de aquellos en que pueden brillar mejor los ingenios?

(4) Tiene razón en esto el Sr. Mata. Sepa el Sr. Sales Giron que en virtud de la reforma que nuestro adversario cita se crearon nueve cátedras, y como sucede en todos los países en casos análogos, se nombraron por el Gobierno los catedráticos; y sepa también que hubo entonces, bastante buen tino para nombrar catedráticos y agregados. No solamente fué acertadísimo el nombramiento del Sr. Mata, sino otros muchos que forman en el día (sea dicho sin ofensa de los demás) la flor de los catedráticos de nuestra Facultad de medicina; y Vd. el Sr. Mata como sabemos ser justos? ¿Ve como, aunque acaba de negar a sus adversarios que sean verdaderas notabilidades, que tengan reputación superior, etc., nosotros le colocamos hasta con gusto en el lugar que le corresponde? ¿Ve como no nos enojamos porque nos empuje y empuje? ¿Es que nuestro amor propio está bien templado, y se dobla y cede; es que no nos hinchó el ventilecito leve de la vanidad; es que somos tolerantes, y justos é imparciales; es, en fin, que estamos muy apartados de ser violenta y personalmente hostiles al digno, aunque algo singular, catedrático?

(5) Pues si no desdora al ser poeta y novelista; si no desdora el levantarse por medio de la política a posiciones que hay capacidad para desempeñar; si no desdora una ambición proporcionada y noble; si no desdora el ansia de gloria y honrra; si no desdora el haber sido ó ser diputado de estas ó las otras opiniones; si no desdora el ser orador ó tener habilidad para hacer frases de tribuna; si no desdora, bajo el aspecto moral, el ser materialista; si no desdora el abrigar sentimientos liberales; si lejos de desdorar, muchas de estas cosas proporcionan honrosa distinción, ¿por qué tomar tan a pechos el artículo de la *Revista*?

(6) En obsequio a la verdad, es necesario declarar, que el Sr. Mata ha tratado a la *Revista médica* en sus discursos bastante cruelmente, y que no tiene nada de extraño que ésta tomara la venganza. Cuando se siembran vientos, no es sabido qué se recojen tempestades?

go, como cumplía si quería tomar parte en el debate, me ha faltado a las consideraciones que la moral médica y la urbanidad exigen de todo profesor digno de este venerando título, y que lo juzgo a Vd. juguete a la vez de insidiosos informes y de una ligereza no muy excusable; todavía me prometo y espero de su amor a la verdad y a la justicia, igualmente que de su buena educación y respeto a sus profesores, que mejor informado y antes que yo apele a los derechos que me da la ley y mi honor ultrajado, se apresurará Vd. a dejarme en el buen lugar que me corresponde, retirando de su artículo todas las frases contrarias a mi buen nombre y ofensivas a la reputación que debo a largos é incesantes años de estudios y trabajos; abandonando al desprecio público y mío, al indigno detractor que ha intentado mancillarme, y que le ha comprometido a Vd. de un modo tan deplorable en este asunto.

Mientras no acceda Vd. a mi demanda, tan justa como oportuna, no me es posible aceptar la especie de invitación que me hace Vd., diciéndome que si algún día quiero darme la pena de escoger un punto, un principio, una tesis de ese vitalismo que he combatido en globo, sin entenderlo, como Vd. añade, se hará un honor de contestarme con el respeto que sabe guardar a los que mira como maestros, y del cual no ha dado Vd. en este asunto todas las pruebas necesarias para creer en la sinceridad de la promesa.

Me asistan dos razones a cual más poderosas para rehusar lo que Vd. pide.

Primera. Porque yo no discuto con quien me falta a las consideraciones debidas.

Segunda. Porque no tengo necesidad de fijar puntos, ni principios, ni tesis, ni de estudiar seriamente el vitalismo; puesto que ya llevo clara y terminantemente establecidas esas tesis, esos principios y esos puntos, no solo en mi discurso inaugural, sino en todas mis obras científicas, de las cuales es aquel un fiel traslado.

Mi bandera está enarbolada años hace: vengan contra ella mis adversarios, que yo la sostendré, cualesquiera que ellos sean, con tal que vengan con razones, y no con chocarrerías y dicerios.

Por lo que toca a la cuestión presente, mi dignidad solo me permite decirle a Vd., pero muy alto, claro y terminante, que al ocuparse de mí, ha sido Vd. mal informado.

Soy de Vd. con la debida consideración.

Madrid 22 de junio de 1859.

El Dr. Mata.

Por todas las Variedades:

El Srío. de la Redacción, RAMONDO SANFRUTOS.

CRONICA.

Estado sanitario de Madrid.—Los intensos calores que hicieron en los tres primeros días de la presente semana y el viento Este-Sud-Este que reinó, dieron por resultado en la tarde del miércoles una tempestad acompañada de lieros chubascos del Sur, que terminó en un viento huracanado del S. O.; no por eso refrescó la atmósfera, antes por el contrario, al día siguiente se la vió tempestuosa y anubarrada, y en lo restante de la semana revuelta y con calajería. El termómetro de Reaumur llegó a marcar a la sombra más de 53° a las dos de la tarde del miércoles y jueves; lo regular fué observarle a los 50°, así como el barómetro a los 26 pulgadas y de 1 a 5 líneas.

Las enfermedades que más se observaron fueron de carácter gástrico é inflamatorio; así es que abundaron las calenturas de aquella índole, las intermitentes, algunas de ellas perniciosas, predominando los síntomas comatosos, las fiebres cerebrales, particularmente en los niños, las diarreas biliosas, los dolores reumáticos y nerviosos, las erisipelas y las anginas. Por último, se presentaron algunos casos de congestiones cerebrales y hepáticas, de pleuresías y de pulmonías.

La mortandad fué mayor que en la semana anterior; verdad es que las enfermedades fueron más graves y más numerosas.

Llegada.—Ha llegado a esta corte el Sr. D. Fernando Basterreche, jefe de Sanidad militar en la isla de Cuba, a cuya salida se refiere el artículo de variedades que hallará el lector en la sección correspondiente.

Matrimonio médico.—La España y la Iberia médicas se han casado. En la tarea que reunidas emprenden, esperan que les ayude todo el resto de periódicos médicos españoles menos uno (este uno es El *Siglo*). La *España médica*, *Iberia médica* y *Crónica de los Hospitales* se equivocan: nosotros tomamos parte en sus satisfacciones, y estamos dispuestos los primeros a ayudarla en sus buenas obras. No sabemos por qué es tan esquiva con nosotros, queriéndola tanto.

Nuevos doctores.—El día 5 del corriente recibieron la solemne investidura de doctores en la Facultad de medicina los licenciados D. Gabino Rullanchas, D. Luis Carreras y D. José Oriol Navarro, habiendo sido presentados al claustro por los doctores Mata, Ametller y Yañez. La memoria leída por el primer laureado versó sobre: «*Cuál es la educación de la mujer, más conforme a los destinos que la Providencia le ha confiado*». La del segundo trata del *Inflajo de las ciencias naturales sobre la medicina*; y la del último sobre la *Importancia de la física y la química aplicadas a la medicina*.

Defensa de Hipócrates de las escuelas hipocráticas y del vitalismo.—Con el número anterior de El *Siglo Médico*, habrán recibido los suscritores el prospecto de la colección de discursos pronunciados en la Real Academia de medicina de Madrid, en pró de las doctrinas hipocráticas, tan admitidas y generalizadas entre los médicos españoles de todos los siglos. Nada queremos decirles en recomendación de esta obra; en primer lugar por juzgarlo innecesario, y después de esto porque no aparezcan nuestras palabras con visos de propia alabanza, siendo como son redactores de este periódico cinco de los siete académicos que han hablado en ese sentido. Únicamente los rogamos que hagan circular el prospecto y ayuden a inspirar y a difundir la sana doctrina científica.

El domingo anterior recibieron la solemne investidura de licenciados en medicina y cirugía, los señores D. Julian Calleja, D. José Amores, D. Octaviano Grinau, D. Luis Navarro, D. Francisco García Marín, D. Ciriazo Hermansanz, D. Bernardo Perea, D. Francisco Poló, D. Luis Roa, D. José Martín Ramos, D. Benito Crespo, D. Regino Miguel, D. Manuel Fernández, D. Francisco Muñoz, D. Juan García Sierra, D. José Guillén, D. José María Pérez de Arce, D. Luis Venancio de Aráñolo, D. Cándido G. Sierra, D. Juan Bautista Sevilla, D. Francisco García Peñuela y D. Matías Centenera, jóvenes bachilleres que acaban de terminar su

carrera. Fué su padrino el digno catedrático D. Juan Fourquet, quien pronunció un discurso nutrido de buena doctrina científica y de sanos preceptos morales, utilísimos para los que comienzan a ejercer la profesión. Uno de los laureados leyó un lindo discurso, después del cual se procedió al juramento, profesión de fé e investidura de los nuevos licenciados, terminando el acto con el acostumbrado discurso de gracias, que fué esta vez muy bien concebido y pronunciado por uno de los nuevos licenciados. Dios conceda buena fortuna á nuestros jóvenes compañeros, y vean colmadas las esperanzas que llenos de entusiasmo y de fé habrán alimentado durante la carrera.

Real Academia de ciencias.—El domingo anterior fué recibido como académico de número, de la manera solemne á par que grave propia de esta corporación, nuestro apreciable compañero, que alguna vez ha honrado con sus escritos las columnas de *El Siglo Médico*, Sr. D. Manuel Rico y Sinobas, catedrático de física en la Universidad central. Leyó un extenso y excelente discurso sobre los fenómenos de la electricidad atmosférica, en el cual trató el asunto como podía esperarse no solo de su inteligencia sino de su afición decidida y especial estudio. A este discurso siguió, leído por el digno secretario Sr. D. Mariano Lorente, el que en respuesta había redactado el Excmo. Sr. D. Antonio Remon Zarco del Valle, presidente de la Academia, escrito como siempre en el más castizo lenguaje, y como siempre admirable por el caudal inmenso de conocimientos científicos que el sábio general revela. El acto, que presidió el Excelentísimo Sr. ministro de Fomento, tuvo fin haciendo entrega al Sr. Rico del diploma y de la correspondiente medalla de académico.

Esto no es verso, pero es verdad.—Nos dice un apreciable compofesor y amigo: «En medicina, como en filosofía, como en política, como en religión, como en todos los ramos que constituyen la ciencia de la humanidad, todo es duda y confusión, nada hay completamente definido; verdad es que sobran materiales, pero no se edifica. La época que atravesamos es esencialmente anárquica.

La Academia de Madrid, como la prensa médica, como los profesores, hace seis meses próximamente, se ocupan con preferencia en predicar y sostener cosas juzgadas hace 20 siglos. Entretanto, las intrusiones cunden como nunca, los médicos nos morimos de hambre, la ciencia secular se ha convertido en leyenda popular, y al llegar á este estado las cosas, el hombre reflexivo no vé, no puede ver más que un triste y sombrío porvenir.»

Médicos de entrada.—No habiendo suficiente número de profesores castrenses para cubrir las vacantes que ocurren en sanidad militar, el director de este cuerpo ha tenido que valerse de profesores civiles para el desempeño de las plazas de médicos de entrada de los hospitales militares, nombrando para el de esta Corte á los señores D. Juan Bautista Balaguer, D. Pedro Alvarez y D. Enrique Ibarra.

Nuevo museo anatómico-patológico.—El que se está organizando en el hospital militar de esta Corte, bajo la dirección de los doctores Diaz Benito y Losada, llama la atención de las personas inteligentes por la exactitud y perfección con que están representadas al natural la mayor parte de las afecciones sífilíticas. Nosotros, que hemos tenido el gusto de ver algunos ejemplares, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que son mucho mejores que los que, importados del extranjero, existen en el gabinete patológico de la Facultad central de medicina.

Boticario intruso.—Nos escriben que entre los intrusos que figuran en primera línea, se debe contar cierto boticario de Valencia (cuyo nombre, habitación, pelos y señales nos comunican), el cual, con el mayor cinismo, sin guardarse de nadie, se ocupa en curar cuantos enfermos se le presentan. Allí acuden típicos á quienes prescribe unturas, mujeres con tumores en los pechos, que ya van á supurar y que en efecto supuran, pero que el buen farmacéutico afirma se van á resolver; ojos acometidos de diferentes dolencias, y cuantas enfermedades comprende el más ámplio tratado de patología. Eso sí, es generoso, porque no lleva nada por sus funciones médicas: lo único que hace es cargar bien la mano en los medicamentos. Lo entiende, y sabe perfectamente que lo que no va en costuras va en bebederos.

Neurología.—El 26 de junio último falleció en Ale-sauco (Logroño) D. Estéban Varona, dignísimo compañero octogenario. Este apreciable médico ha desempeñado 42 años aquella plaza de titular, observando la mejor conducta profesional y privada; su carácter simpático, su amabilidad, su trato cariñoso y su nobleza de carácter, á la par que sus conocimientos médicos y fino práctico, sobre todo en el diagnóstico y pronóstico, le dieron merecida fama por aquellos contornos. Perteneció en su juventud al cuerpo de sanidad militar, en el cual se mantuvo 12 años, llegando á ser consultor. En los sitios de Tarragona y Gerona, se distinguió, tanto por su ciencia y su celo como por su arrojo, de forma que tenía una brillante hoja de servicios y alcanzó del Rey don Fernando VII la pensión vitalicia de 12 rs. diarios.

Debemos en fin decir, para prueba de que la villa de Ale-sauco ha sido digna de tan buen médico, que viéndole anciano y achacoso los tres años últimos de su vida, le jubiló, dándole una pensión suficiente, como recompensa de sus dilatados y excelentes servicios. Esta conducta es honrosísima para aquel vecindario.

Ha perdido pues la medicina uno de sus buenos hijos. Séale la tierra leve, y alcancen sus virtudes el digno premio en el cielo.

La población casi entera y los compañeros de las cercanías acompañaron sus restos mortales al cementerio, y el cabildo eclesiástico no ha omitido medio para que se haga el funeral con la ostentación posible, sobre haber dado una muestra de su finura y generosidad.

Una queja.—Nos escribe un apreciable compofesor de Mérida, preguntando si sabemos en qué estado se halla el Reglamento de aquella casa hospitalaria de dementes, sometido dos años hace á la aprobación del Gobierno. Añade que, según noticias, no pende el retraso de este, porque se han pasado tres órdenes recordatorias á la corporación que ha de informar sobre el asunto.

La argucia.—Después de copiar el *Droguero farmacéutico* de Valladolid el artículo idolátrico que publicó *La Actualidad*, y en seguida la crítica que de él hicimos, pone de su cosecha, con el título la «Argucia de un médico» un artículo que puede arder en un candil. En él pregunta con una gravedad admirable, si hay ley ni justicia que autorice tales argucias y dicharachos (¿qué entenderá por dicharachos?), y dice que esto es extraño en *El Siglo*, redactado según dicen por personas de alguna edad (desde 24 á 70 años, para servir á Dios y á V...), las hay de todas fe-

chas), como si los hombres de alguna edad no pudieran reirse de las cosas risibles; añadiendo, en fin, que *El Siglo* no tolera ideas científicas nuevas sino de médicos de su cofradía, y otras cosas por el estilo que ruborizan y llenan de coraje al propio tiempo á la farmacopea y al diccionario de la lengua. *Né sutor ultra crepidam.*

Suicidio.—El cirujano de Isuere (Aragón) se suicidó á fines del mes anterior arrojándose por un derrumbadero; según parece, por causa de haberle despedido del partido que desempeñaba hacia 36 años. ¡Qué ejemplo tan monstruoso de ingratitud! ¡Habría médico, cirujano ni aun albeitar que se preste á asistir semejante pueblo?

Forenes.—Ya se ha presentado el proyecto de la comisión al ministro que corresponde. Al anunciar el suceso, uno de nuestros colegas lamenta que la benemérita clase de cirujanos no haya sido atendida. Aun es tiempo, y hasta nos atrevemos á esperar que los cuerpos que hayan de entender en el asunto, tengan á los cirujanos más en la memoria que los ha tenido la comisión.

Respétese la vacuna.—Un apreciable suscriptor se queja de que es muy común que no lleguen á su destino los cristales de vacuna que dentro de las cartas se remiten por correos. Rogamos al Sr. Director de este ramo que adopte algun medio para evitar los males que ese abuso ocasiona á la humanidad.

Médico materialista.—Se cree que no hay hombre en la tierra que iguale en materia y en fuerza bruta al doctor Jorge B. Wilship, de Roxbury, médico, de 25 años de edad y que pesa 142 libras inglesas. Se echa al hombre con la mayor facilidad un barril de harina de 4 quintales de peso; levanta hasta 200 libras de peso con el dedo pequeño, y con las dos manos hasta 926 libras. Tohal, el hombre de más fuerza física que se conoció en Inglaterra, no levantaba sino 800, que era lo mismo que podía hacer el célebre gigante belga. El Dr. Wilship es además un maestro consumado en ejercicios gimnásticos.

Resultado feliz.—La nueva legislación inglesa sobre el ejercicio de la medicina va dando excelente resultado, pues que disminuyen muchísimo los intrusos. Para eso en España se aumentan cada día, como que nadie se cuida de contenerlos.

Asociación general de los médicos de Francia.—La Sociedad central se instaló en París el 24 de junio, bajo la presidencia de Mr. Rayer. Este pronunció un discurso análogo al objeto, y anunció que había conseguido aceptase Mr. Levy la presidencia.

GACETA DE EPIDEMIAS.

Según fieles noticias de San Petersburgo, ha aparecido el cólera-morbo asiático en Cronstand en los últimos días del mes de mayo, y también en los hospitales de aquella capital se han manifestado algunos casos.

Sirva de aviso á nuestras juntas de Sanidad marítima; aunque ya conocemos que con la legislación cuarentenaria vigente y la organización actual del ramo, si el azote se estiende, solo podrá el cielo defendernos de él.

—En Tripoli de Berberia ha aparecido la peste á fines de mayo, y seguía en aumento á mediados de junio, fecha de las últimas noticias; y en Benghazi y Derna, no solo no había llegado á extinguirse, sino que desde principios de abril parecía ir en aumento.

VACANTES.

Lo están. La plaza de médico-cirujano de Fuentenebro, provincia de Burgos, partido judicial de Aranda de Duero; su dotación 260 fanegas de trigo camuña cobradas en setiembre cada año, 200 cántaras de vino y cuevas para guardarlo, casa de balde, y 300 rs. pagados de fondos municipales: libre de toda contribución excepto el subsidio, y además se amplía al facultativo para contratar á metalico con los pueblos inmediatos en clase de médico. Las solicitudes al presidente del ayuntamiento hasta el 8 de agosto.

—La de médico-cirujano de Montemayor, provincia de Valladolid; su dotación 8,000 rs. pagados semestralmente y cobrados por el ayuntamiento de los vecinos pudientes, á escepción de 600 rs. que se pagan del fondo municipal por asistir á los pobres: la población es de 248 vecinos. Las solicitudes hasta el 1.º de agosto.

—La de médico-cirujano de Palacios de Goda, partido de Arévalo, provincia de Avila; su dotación 8,000 rs., pagados los 7,000 entre sus vecinos y los 1,000 rs. restantes de fondos municipales por asistir á los pobres: ambas cantidades serán satisfechas por el ayuntamiento pagadas semestralmente ó por años según convenio, y además lo que produzcan los partos y golpes de mano airada. Las solicitudes á la secretaria del ayuntamiento antes del 8 de agosto, aunque el agraciado no dará principio á ejercer hasta el 15 del mismo.

—La de médico-cirujano de Villamesias, provincia de Cáceres; su dotación 2,300 rs. de fondos municipales, y 4,700 reales de iguales con 174 vecinos. Las solicitudes hasta el 23 del corriente.

—La de médico-cirujano de San Martín de Valderaduey de Villalpando, provincia de Zamora; su dotación 160 fanegas de trigo cobradas en setiembre, 3,000 rs. de fondos municipales pagados trimestralmente y casa. Las solicitudes hasta el 29 del corriente.

—Las dos plazas de médico-cirujanos titulares de Arroyo del Puerco, provincia de Cáceres; su población 5,600 almas; la dotación de cada una 4,300 rs. por asistir á los pobres, inoculación de la vacuna y el tipo de las iguales con los vecinos pudientes, que son de 10 á 20 rs. anuales. Las solicitudes documentadas hasta el 1.º de agosto.

—La de médico-cirujano de Cacabelos, provincia de Leon, y pueblos de su distrito; su dotación 7,000 rs. pagados trimestralmente de fondos municipales. Las solicitudes hasta el 31 del corriente.

—La de médico de Aguilar de Campoo, provincia de Palencia, por defunción del que la obtenia; su dotación 6,000 reales pagados por trimestres de fondos municipales, y además 320 rs. que abona el hospital por asistir á sus enfermos, y 200 rs. que abona también un convento de monjas por asistirlos. Las solicitudes hasta el 23 del corriente.

—La de médico de Herrera de Rio Pisuerga, provincia de Palencia; su dotación 6,600 rs. pagados trimestralmente de propios. Las solicitudes documentadas hasta el 24 del corriente.

—La de cirujano de Fuente el Sol, provincia de Valladolid; su dotación 1,000 rs. de fondos municipales por asistir á los pobres, dos fanegas de trigo pagadas en agosto de cada uno de los 70 vecinos pudientes que hay en el pueblo, y 10 reales por cada parto. Las solicitudes hasta el 1.º de agosto.

—La de cirujano de Castromonte, provincia de Valladolid; su dotación 400 rs. pagados trimestralmente del fondo municipal por asistir á los pobres, y 7,000 rs. que satisfarán los demás vecinos que no lo sean en setiembre, según reparto que haga el ayuntamiento. Las solicitudes hasta el 26 del corriente.

—La de cirujano de la villa de El Ciego, en la Rioja alavesa, por ascenso á otra del que la obtenia; dotada con 5,500 reales pagados por trimestres por el ayuntamiento en metálico; sin más obligación que la cirugía mayor, pues que para la menor, ó sea rasura y sangría, hay cirujano ministrante encargado de los dos ramos; hay también médico titular. Las solicitudes al secretario del ayuntamiento en todo el presente mes, que es el término asignado para su provision.

—La de boticario de Alcubierre, provincia de Huesca; su dotación 8,000 rs. cobrados por el ayuntamiento y casa. Las solicitudes hasta el 15 de agosto.

Subdelegación de medicina y cirugía del partido de Plasencia.—El infrascrito, competentemente autorizado por el ayuntamiento de Casas del Castañar, anuncia la vacante de la plaza de cirujano de este pueblo, que consta de 230 vecinos. Su dotación es la de 2,000 rs. pagados de fondos municipales y 4,000 rs. por reparto vecinal, cobrados por el ayuntamiento. No tiene á su cargo ningún otro oficio mecánico tan ajeno de la profesión como poco honroso para la misma. Los aspirantes al precitado partido pueden desde luego dirigir á esta subdelegación las competentes solicitudes espresivas de los requisitos en ellas comprendidos; toda vez que la provision tendrá lugar para el 20 del presente mes.—Plasencia 6 de julio de 1859.—Natalio Medrano.

ANUNCIOS.

TOPOGRAFÍA MÉDICA Y ESTADÍSTICA DE LA VILLA de Dalias, su aldea marítima de Balerna y baño mineral de Guardias viejas, con la análisis de sus aguas y enfermedades en que conviene su uso, por su médico titular, el licenciado D. Manuel Rodríguez Carreño, caballero de la orden de Isabel la Católica, condecorado con la cruz de Epidemias é individuo de varias sociedades científicas.

Se remite franco á todos los puntos de la Península, dirigiendo al autor 12 sellos de á cuatro cuartos.

OBRAS que se proporcionan á los suscritores á *EL SIGLO MÉDICO* con la rebaja de un 10 por 100 de sus respectivos precios.

CHELIUS. Tratado completo de cirugía, traducido del francés conforme á la cuarta edición alemana, adicionado con notas y acompañado de más de 400 figuras, por D. A. S. de B. Tres tomos en 8.º mayor; 72 rs. en Madrid y 80 en provincias.

CHOMEL. Lecciones clínicas acerca del reumatismo y la gota. Un tomo; 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.

CHOMEL. Tratado de Patología general, traducido de la última edición, aumentado con muchas notas y con un extenso extracto de la *Patología general* de Dubois, por el doctor en medicina D. Francisco Mendez Alvaro. Un tomo en 4.º mayor á dos columnas.—Ocupa la mitad de este tomo la *Patología general* de Chomel, y la otra mitad la constituyen el extracto de la de Dubois y las notas; 50 rs. en Madrid y 55 en provincias.

Esta obra, con la *Patología externa* de Berard, Vidal, y la interna de Monneret, forman un tratado extenso y ordenado de medicina y cirugía teórico-práctica; pueden suplir á una biblioteca completa y á todos los diccionarios de ciencias médicas.

COMPTE. Organización y fisiología del hombre. Un tomo en folio con 15 láminas, iluminadas, recortadas y sobrepuetas; 72 rs. en Madrid y 75 en provincias.

CRUVEILHIER. Tratado de anatomía descriptiva, traducido al castellano. Cuatro tomos en 8.º; 80 rs. en Madrid y 90 en provincias.

DANCE. Manual de auscultación y percusión. Un cuaderno; 2 rs. en Madrid y 2 en provincias.

Se hallarán en Madrid, librerías de CALLEJA, VIANA, MATUTE y BAILLY-BAILLIERE; y desde provincias pueden pedirse á D. MATIAS NIETO, plazuela de San Miguel, número 6, cuarto principal.

SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.

	Reales.
Suma anterior.	5,160
D. Marcelino Perez, Snellacabras.	20
Lorenzo Cisnal, Prádanos de Ojeda.	15
Fernando Julian, Chiclana.	20
Suma.	5,215

CORRESPONDENCIA.

Sr. D. I. V.—Tortosa.—Mucho gusto tendríamos en complacerle, pero siendo en su mayor parte ajeno á la medicina ese reglamento y de grandísima estension, habria que ocupar con él muchos números, cosa que no permiten los muchos materiales que tenemos detenidos.

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redaccion, RAFAEL SANFUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1859.—IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.
Pretit de los Consejos, 3, principal.